

CURIOSITY

UN VIAJE POR ORIENTE MEDIO

FRANCESC ZAMORA

Fecha de publicación: Septiembre de 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

@El Observador Observado

<http://elobservadorobservado.com/>

Siempre he sentido una gran curiosidad por ver lo que hay más allá del horizonte, por aprender, conocer y descubrir nuevos lugares, personas y culturas. Mi mente, por momentos inquieta, siempre está dispuesta a soñar con nuevas aventuras. Muchas de estas nunca ven la luz, aunque muchas otras logran pasar de los sueños a la realidad para posteriormente convertirse en recuerdos duraderos. Viajar, salir de la “zona de confort”, perderme, encontrarme. Conocerme. Viajar es educarse, es crecer, y si uno lo quiere, es humanizarse, es convertirse en una mejor versión de uno mismo.

CURIOSIDAD.

WELCOME TO IRÁN

“Pasajeros para el vuelo TK1854 con destino a Estambul, prepárense para embarcar”

A través de la ventanilla se puede ver como el ala del Airbus A330 vibra por su gran envergadura. Se dobla ligeramente mientras alzamos el vuelo, mientras el estómago se encoge al dejar el aeropuerto atrás. Siempre me han impresionado estas aves metálicas. Me hacen sentir pequeño y frágil en su interior. Además de la incomodidad que siento en sus sillones. Y es que nunca he logrado descansar correctamente sin poder estirar las piernas del todo en un asiento que apenas se inclina unos grados hacia atrás. Afortunadamente esta vez viajo con mi hermano hasta Estambul con lo que podremos charlar unas horas y todo será mucho más llevadero. Luego tomaremos caminos distintos, cada uno se embarca en su propia aventura. Él, se marcha a Nepal en lo que será su primer viaje lejos de casa. Dos semanas de trekking con su amigo Manolo por valles perdidos y dos semanas más en solitario por el resto del país. Y a su vuelta, nos encontraremos en la antigua Constantinopla para pasar unos días juntos. Verlo con la mochila sobre su espalda, con todo el material para un viaje de más de un mes me ha hecho sentir una gran emoción, aunque también una pizca de preocupación. Ahora entiendo cómo se siente mi madre a cada vez que me marcho lejos y solo. Aunque estoy completamente convencido de que todo irá bien, siempre sale todo bien. Eso le he dicho a mi madre en varias ocasiones al sentir su preocupación. “Mama, Manel estará bien, tranquila, va a gozar y va a volver como un hombre nuevo. Y yo, no tendré ningún tipo de problema allá a donde voy.” Podría convencerla de ello si viajase a la costa mediterránea por ejemplo, pero viajando a países que tan mala reputación tienen como lo son Irán e Irak no es fácil hacerle entender que no todo lo que se dice en los medios de comunicación es cierto. Son muchos los que me han tachado de loco, de imprudente e incluso de ignorante cuando les he contado acerca de este viaje. Pero también hay muchos que me han apoyado y animado a hacerlo desde el principio. Supongo que algunos habrán pasado demasiadas horas viendo la televisión y no se habrán detenido un instante a indagar sobre la situación de estos países así como yo lo he hecho. Irán es completamente seguro en su mayor parte del territorio, tan solo unas pocas regiones son a evitar a causa de conflictos fronterizos, e Irak, está en guerra, cierto, aunque en el norte, en la región autónoma del Kurdistán dónde pretendo

adentrarme si logro obtener un visado por tierra, se goza de paz. Todo podría cambiar en cualquier momento y por ello viajaré primero al Kurdistán iraní para luego indagar un poco más antes de adentrarme en tierras iraquíes de las que bien poco sé.

Una nueva aventura y un nuevo proyecto. El cosquilleo en el estómago sigue presente desde esta mañana cuando no necesité de despertador para recordarme que hoy era el día que tanto he esperado. He dormido, aunque no tan profundamente como cualquier otra noche por las ganas de partir. Siento una gran emoción porque estoy seguro de que lo que está por venir en las próximas semanas será intenso. Es curiosidad, son ganas de perderme para volver a encontrarme, ganas de aprender, de crecer, de vivir y de ayudar. Porque no tan solo viajo por mí, sino que también salgo al encuentro de personas que todavía no conozco para aportar mi ayuda, nuestra ayuda. ¡Vamos a lograr algo grande! Pienso mientras observo a través de la ventanilla del avión tierras remotas que no reconozco. Y a la vez, contemplo algunos recuerdos que vienen y van por la mente y que me recuerdan un pasado no tan lejano. Si estoy ahora aquí es porque soy el resultado de la suma de todas las experiencias vividas anteriormente. Recuerdo mi viaje en bicicleta por Europa, recuerdo a Fuji, a las personas sin hogar de las calles de Estambul a quienes aportamos ayuda. Recuerdo los niños de la fundación de Asis Nesin, recuerdo lo que entre todos nosotros hicimos por ellos. Fue simplemente precioso. Esas experiencias hacen mejores a las personas, nos humanizan. Gracias a familiares y amigos quienes han aportado tantísimo este último invierno se van a hacer realidad tres pequeños proyectos en tres países distintos. Hemos logrado recaudar una gran suma de dinero entre todos con lo que ayudar en varios centros. No tengo decidido todavía donde sucederá, ni cuando, aunque como en otras ocasiones me dejaré llevar hasta dar con el lugar indicado.

Acompaño a mi hermano a su puerta de embarque una vez llegados a Estambul para que tome su segundo vuelo que le llevará a Katmandú. Nos abrazamos, sonreímos y reprimo una pequeña lágrima de emoción al verlo partir a por su sueño. “¡Buen viaje hermano!” Nos volveremos a ver dentro de cuatro semanas en las que estoy seguro de que ambos viviremos grandes experiencias. Espero que descubra lugares increíbles, que tome grandes fotografías y que se lleve buenos recuerdos. Nepal debe de ser precioso. Siempre he querido viajar allí, aunque no sé porqué, siempre lo he pospuesto y

encontrado otros lugares que me han llamado más la atención. Desde hace unos pocos años los países musulmanes ocupan parte de mis sueños y me han hecho imaginar viajes por Oriente medio durante muchas noches, hasta que al fin, me lanzo a la aventura. Los varios relatos de viajeros que he leído últimamente sobre Irán han influenciado en mi decisión de viajar hacia allí. Según cuentan muchos, el pueblo iraní es el más acogedor del mundo, y eso es algo que quiero averiguar por mi mismo. Además de que en sus tierras hay miles de años de historia en sus monumentos con lo que la combinación de estos dos factores me resulta muy atrayente.

En cuestión de una hora y media obtengo el visado de treinta días para Persia, no sin antes tener que rellenar varios formularios, firmar aquí y allá, pagar y esperar a que añadan al pasaporte una página completa adhesiva con mis datos. El proceso es más bien fácil y los agentes de aduanas son simpáticos. Una vez fuera del aeropuerto, decenas, por no decir centenares de taxis vienen y van en busca de viajeros a quienes llevar al centro de la ciudad a pesar de ser casi las dos de la madrugada. Charlo con Hassan, taxista nocturno, mientras compartimos unos cigarrillos en mis primeros minutos en el país hasta que le pido llevarme a la ciudad cuando ya no siento las piernas tan agarrotadas como antes. Estas últimas horas de avión no le han sentado muy bien a mi cuerpo...

El viejo Peugeot de Hassan hace un ruido estruendoso, fuerza las marchas hasta que vibra la carrocería y se oyen pequeños golpeteos en varios lugares del automóvil. Decido abrocharme el cinturón a los pocos cientos metros de haber arrancado, aunque este, salta por los aires en el primer bache que encontramos en la autopista mientras cogemos más y más velocidad. Hassan sujeta el volante con la rodilla izquierda, saca de debajo de su asiento unos vasos de cristal y un termo para ofrecerme un té bien caliente, según me cuenta nos espera una buena hora de viaje si no encontramos aglomeraciones. "Tea is good for life" dice Hassan mientras me sirve. No puedo estar más de acuerdo con él. Todo se sostiene en equilibrio en el tapizado colorido que cubre el reposabrazos de entre los dos asientos delanteros. Mejor no frenar en seco pienso yo. Por si fuera poco, empieza a llover y se reduce la visibilidad, aunque no lo hace la velocidad a la que avanzamos. Rodamos a algo más de ciento veinte kilómetros por hora cuando prendemos un cigarrillo cada uno. Al instante se nubla el habitáculo. La ventanilla del conductor está bloqueada con lo que apenas circula aire por los escasos dos centímetros de apertura. En mi lado, ni siquiera hay maneta para bajar la ventanilla... Yo, no veo nada, aunque mientras vea algo Hassan no importa. La calzada está oscura y me pesan los ojos por el

cansancio. No obstante, logro distinguir los minaretes de una mezquita y también grandes edificios que se alzan cuanto más nos adentramos en la capital del país.

Teherán... Cuantas veces habré pronunciado esta palabra en mi mente durante los últimos meses... ¡Llevo tanto tiempo soñando con este viaje! Son pasadas la cuatro de la madrugada cuando Hassan me deja en la puerta del hostel, abierto a todas horas, y a pesar de haber reservado cama hace unas semanas, está completo. Me indican cómo llegar a otro lugar a diez minutos a pie, y aunque no esté disgustado de que hayan perdido u omitido mi reserva, si estoy agotado cuando al fin me puedo estirar en una cama a oscuras para no despertar los demás viajeros.

"Welcome to Iran my friend"

El lugar está bien ubicado, cerca de la línea de metro de Mofateh por la cual me dirijo a Tajrish después de comprar por un euro una tarjeta para dos días de transportes públicos. Estoy rodeado de rostros curiosos que observan a un turista somnoliento. Y es que tan solo he dormido cuatro horas en el hostel, estaba ansioso por salir y empezar a descubrir Teherán. Todo es nuevo, los colores, los olores, el idioma y las normas. El metro se divide en varios vagones, unos son exclusivamente para mujeres y otros para los hombres, aunque también se suben unas pocas en los vagones masculinos de vez en cuando y se les cede el asiento. La gente es educada, poco ruidosa y de rostros amables. Vendedores ambulantes de mecheros, hilo de coser, cinturones, mochilas y decenas de artículos más se suben y bajan a cada estación para tratar de vender sus productos mientras los alzan y los describen en voz alta. Todo ello me entretiene. Afortunadamente la pantalla electrónica del vagón indica los nombres de las paradas en inglés, porque todo lo demás, hasta ahora, son jeroglíficos para mí. Escriben de derecha a izquierda y no distingo ni siquiera los números cuyas formas son completamente distintas excepto el número uno que es idéntico y el cero que es como un pequeño punto. Me adentro pues, tras casi treinta minutos de metro, en el bazar de Tajrish, al norte de la ciudad, para dejarme llevar por las mareas de gente que hay en los estrechos callejones empedrados.

Espicias, frutas y verduras, alfombras, joyas... Aquí está todo lo que uno pueda buscar. Los colores de las especias son vívidos y los olores agradables. Los rayos de sol que consiguen llegar a través de unas pocas nubes a estos angostos callejones se reflejan en tazas, boles y cubiertos de plata y cobre con grabados de todo tipo. Los comercios están organizados por sectores según sus productos con lo que encontrar lo que uno busca resulta relativamente fácil. Por un buen precio me hago con una tarjeta para el teléfono en una calle repleta de tiendas de electrónica con la que poder acceder a la red y estar mínimamente comunicado con familiares e amigos. He tenido que descargar un programa al teléfono para poder engañar a los servidores nacionales y así poder acceder al correo electrónico o a muchas otras páginas web que están aquí prohibidas. La conexión es lenta, aunque lo suficientemente rápida para recibir un mensaje de mi hermano, ha llegado bien a Katmandú y ya está listo para la aventura. ¡Pagaría por ver su cara cuando se bajaba del taxi en medio de la ciudad!

La gente camina con calma, y yo hago lo mismo hasta detenerme a comer en un pequeño callejón una especie de sándwich de carne con setas y salsa picante por unas pocas monedas. O eso creo, ya que estoy hecho un lío. Llevo dólares, euros, liras turcas y riales iraníes. Y aunque la moneda es el Rial, se habla en tomanes. Tengo un millón y medio de riales en el bolsillo, lo que vienen a ser ciento cincuenta mil tomanes o unos casi cuarenta euros.

El resto del día va a ser tranquilo, caen algunas gotas desde el cielo, se oyen algunos truenos de vez en cuando a lo lejos y mis piernas están algo cansadas tras varias horas descubriendo parte de la ciudad. Decido sentarme en una diminuta terraza en una calle abarrotada de gente que viene y va tanto en coche como a pie para disfrutar de un té sabroso y observar cómo se mueve la ciudad. Para sentirla. Todo es completamente nuevo, distinto, y mis ojos miran de un lado para otro curiosos. Las personas caminan despacio, los intercambios de sonrisas con hombres y mujeres son cuantiosos mientras de vez en cuando algunos se acercan a charlar, a saludar, o simplemente a darme la bienvenida a su país. Me llama la atención la vestimenta de las personas, semejantes pero distintas a la vez, las fachadas de los edificios, los rótulos de los comercios con los que me es imposible saber de qué tipo de negocio se trata sin adentrarme en ellos y el absoluto caos que es la circulación donde las bocinas suenan por todas partes sin cesar. Cruzar la calle es todo un arte que uno debe aprender. Los automóviles son ruidosos y de maniobras impredecibles. Tal como me cuentan, hay que avanzar

decididamente, sin miedo, y calcular rápidamente entre qué vehículos se va a pasar haciendo también uso de gestos con las manos para que frenen ciertos conductores. Uno se acostumbra enseguida, y en mi caso demasiado rápido he cogido confianza con lo que algún que otro susto me he llevado en este primer día. Algunos roces con retrovisores y toques de bocina me han hecho dar pequeños saltos en los grandes cruces y me han hecho preguntarme si mi seguro de viaje cubriría un atropello. No es algo de lo que me haya informado muy bien. Disponer de un seguro es necesario para que la entrada al país te sea permitida y éste puede adquirirse en el aeropuerto por diez y ocho dólares como yo lo he hecho. Las pocas aseguradoras a las que les consulté acerca de este viaje me ofrecieron contratos a precios desorbitados con lo que opté por el que ofrece el propio gobierno iraní. Sin embargo, ninguna de estas proponía seguros de viaje para Irak. Aunque no importa, todo saldrá bien. Tampoco contraté seguro cuando crucé Europa en bicicleta en un periplo de cuatro mil kilómetros por diez países, y al igual que en aquella ocasión, tengo el presentimiento de que todo saldrá bien. Camino de vuelta hacia el hostel mientras el sol se esconde tras unos altos edificios en la parte más moderna de la ciudad. Teherán... Aquí empieza la aventura.

“Tengo el presentimiento de que este país me va a seducir...”

IRÁN, AÑO 1396

En Teherán, lo moderno y lo tradicional, lo artesanal y lo industrial se mezcla. Las antiguas costumbres y las nuevas modas tienen su propio lugar. Desde los antiguos bazares hasta los nuevos y lujosos centros comerciales. Es una ciudad con varias facetas con las que complacer a su población. Algunos quieren modernizarse a lo occidental mientras otros quieren preservar un Irán tradicional. Algunas normas obligan a las mujeres iraníes a cubrirse el cuerpo y el pelo. Las mangas deben ser largas y la prenda de arriba debe llegar hasta las rodillas. Son generalmente de color oscuro. No pueden estrechar la mano de un hombre, aunque esta norma es más bien ignorada en las grandes ciudades como Teherán según tengo entendido. Tampoco se les permite montar en bicicleta o en motocicleta, y para mi sorpresa, están prohibidos los juegos de cartas. Aunque una vez en sus hogares todo cambia drásticamente. Algunas mujeres se destapan y también algunos suelen beber vino u otras bebidas alcohólicas cuya venta y consumición está completamente prohibida en las calles. Quizás no sean de mi agrado ciertas de sus normas opresivas, aunque todo lo demás, hasta ahora, ha sido mejor de lo que me esperaba. Quizás también, el hecho de que estas normas existan hace que los iraníes sean como son, quien sabe. Educados, amables y sobre todo honestos tanto entre ellos como con los pocos turistas que viajan al país. Contrariamente a lo que imaginaba, y según lo que había visto en algunos pequeños documentales, apenas hay presencia policial, en todo caso, policía con uniformes que se puedan reconocer fácilmente. Pensaba que todo estaría mucho más controlado y que debería mostrar mi documento de identidad con regularidad por las calles, pero no es el caso. Los pocos policías que me han abordado lo han hecho para darme la bienvenida a su país y ofrecerme su ayuda, para recomendarme lugares por ver y saciar su curiosidad con preguntas de todo tipo. El ambiente es más bien relajado, incluso he visto un par de oficiales reposando en un parque de hierba esponjosa.

Una pequeña parte de mi pensaba que existiría algo de tensión en las calles, aunque es todo lo opuesto, me siento aquí más seguro que en muchas ciudades europeas por las que he viajado. Todos estos pensamientos son compartidos con los no tantos viajeros que venimos a descubrir este vasto país. Todos coincidimos, tanto los que llevamos aquí unos pocos días como los que llevan semanas viajando, Irán es un país extraordinario. Quizás en temporada alta haya más afluencia de gente, pero en el hostel de Teherán apenas éramos una decena de inquilinos, aunque de muchas nacionalidades distintas.

Miao, un joven chino, Pim, holandés, David, un suizo que curiosamente es del pueblo vecino a donde yo trabajé hace unos años y que conoce a mi antiguo encargado, un francés que lleva ahora dos años y medio viajando por el mundo, una pareja de alemanes y unas pocas personas más con las que no he tenido ocasión de charlar más que para saludarnos cordialmente en el vestíbulo. Provenimos de lugares muy distintos, aunque todos tenemos algo en común, aquello por lo que estamos aquí.

Curiosidad.

- **¿Te gustan los gatos?** Le pregunta el holandés al chino.
- **Si, deliciosos, tienen buen sabor.** Contesta sonriente.
- **¿Que? ¿Como podéis comer gatos?** Pregunta sorprendido el iraní gerente del hostel.
- Aunque prefiero la carne de perro.** Añade el chino.
- **¿Pues ves ese gato de ahí fuera? Ese es mío, ni se te ocurra.** Le dice el iraní con cara de preocupación...

Hoy dejo la capital atrás después de haber pasado tres días muy agradables en los que he podido absorber mucha información sobre el país. Sobre esta cultura tan peculiar y sus costumbres. Las cumbres nevadas, el aire fresco y el calor de la gente de Teherán son una buena introducción al país. Mi primera impresión es muy buena. El primer contacto con las personas, las primeras charlas y las primeras sonrisas me han hecho sentir bienvenido enseguida. A pesar de ser una gran ciudad, moderna y ruidosa, sigue siendo auténtica cuando uno se adentra en los pequeños callejones, en los bazares llenos de especias y productos artesanales y se deja llevar por la melodía de sus sonidos nuevos para el viajero.

Mientras espero la hora de salida de mi autobús nocturno en el hangar, a cubierto de la lluvia que lleva un par de días cayendo desde lo alto, envío un mensaje a Helia, quien me obsequió con su tiempo para enseñarme parte de la ciudad. Quiero darle las gracias otra vez. Y es que lo más valioso que alguien puede ofrecer a otra persona es su tiempo. Es algo que jamás se puede recuperar. Largas charlas durante largos paseos, nuevos sabores para el paladar y muchos intercambios de historias. Era conocedor antes de viajar de que el

pueblo iraní tiene fama de hospitalario, amable y educado, aunque va mucho más allá de las palabras que pueda haber leído en los relatos de otros viajeros o de las que yo escriba para que otros lean en un futuro. Ahora, lo estoy viviendo y sintiendo, y si uno quiere realmente descubrirlo deberá viajar hasta aquí por sí mismo. Caminar por pequeños callejones y que te conviden a entrar en una minúscula ferretería tan solo para charlar y tomar té caliente en un día de lluvia, que te aborden en la calle personas curiosas por saber de dónde vienes, o que simplemente te den la bienvenida a su país cuando te cruzas con alguien en la calle son cosas a las que uno no está muy acostumbrado. Así es el pueblo iraní. Y lo más bonito de todo esto es que tan solo llevo unos pocos días en el país, en su capital, y me quedan miles de kilómetros por recorrer con lo que seguir descubriendo nuevos lugares y conociendo nuevas personas. Estoy seguro de que voy a seguir siendo sorprendido.

Son casi las doce de la noche de este cinco de mayo del año persa 1396. Mientras espero para subirme al autobús, tres mujeres y un niño me observan sonrientes. Hablan entre ellos sin cesar y por sus tímidas miradas y sonrisas deduzco que están hablando de mí. Se crea un breve instante de silencio en el cual una de las señoras saca una pequeña caja de cartón llena de dulces de su bolso que me ofrece estirando el brazo con una humilde sonrisa a la vez que dice "please". Y ese pequeño gesto, que tira por los suelos cualquier muro que pueda existir imaginariamente entre las personas, es el principio de una larga conversación. Tan simple como eso, una sonrisa, una mirada y una caja de dulces para compartir. La humanidad es increíble.

“Creo que este país me va a enamorar... Aunque quizás ya lo esté un poco”

LOS NIÑOS DE SHAHREKORD

El asiento es ancho, se inclina casi horizontalmente, el reposapiés es cómodo, te proporcionan almohada y hay una nevera con bebidas para que todo el mundo se sirva. Además del paquete con “snacks” que te ofrecen al subir, y aun así, no he logrado dormir más de quince minutos seguidos. No sé por qué pensaba que lograría dormir toda la noche cuando nunca he podido hacerlo en ningún medio de transporte de este tipo. Quizás el hecho de que estos autobuses se llamen “VIP” me indujo a creer en ello. Algunos viajeros los usan como alojamiento, recorriendo largas distancias por la noche y visitando las ciudades durante el día para aprovechar al máximo su estancia. Aunque yo, después de esta noche, creo que voy a seguir optando por una cama para poder descansar correctamente. Los transportes públicos en Irán son realmente económicos, apenas unos seis euros por este trayecto de más de quinientos kilómetros en este tipo de autobús.

Llego a Esfahán antes de que salga el sol, aunque no me detengo en la ciudad más que para tomar un taxi compartido que me lleva a la ciudad de Shahrekord, donde Farhang me ha propuesto quedarme un par de noches a través de la red social Couchsurfing. No ha sido difícil encontrar a alguien dispuesto a alojarme a través de la red, varios han sido los que me han abierto las puertas de su casa en el país en cuanto publiqué en el foro un mensaje contando mis planes de viaje. Mi curiosidad me ha hecho escoger Shahrekord, una ciudad de la que poco se habla, en la que las pocas agencias de viaje que hay no ofrecen recorridos ni guías turísticos. El poco turismo que llega a Irán está siendo guiado hacia las grandes ciudades centrales del país. Un turismo cada vez mayor gracias a que se está abriendo poco a poco a los extranjeros con facilidades para obtener el visado.

Farhang habla un buen inglés con lo que podemos mantener largas conversaciones cómodamente sin recurrir al traductor. Es un año más joven que yo, casado con Marie Anne, ingeniero civil, bien educado y gracioso. Es también profesor de inglés por las tardes en varias escuelas de la ciudad siendo esta actividad algo que adora. Pasamos la mañana en el centro, entre su despacho y la obra de su futura casa a varias cuadras de distancia. No ha podido liberarse todo el día para estar conmigo, pero si puedo estar yo junto a él mientras trabaja supervisando la obra y algunos planos. Mientras compartimos experiencias y vamos poco a poco conociéndonos mejor. Mientras me cuenta historias sobre la región y me enseña sobre su cultura.

Encontramos un rato libre en horas de trabajo para visitar el Hamam de la ciudad, recientemente restaurado y convertido en museo. El precio para los iraníes es unas cuatro veces inferior al de los extranjeros, para fomentar el turismo interno, aunque tras una breve charla con el gerente yo también me beneficio del precio local. Mi anfitrión es como un gran libro abierto lleno de información, tanto sobre tecnología como sobre historia. Todas mis preguntas tienen respuesta con lo que aprender se hace ameno. Llegado el mediodía vamos a comer junto a la orilla del río, a unos escasos veinte kilómetros de la ciudad donde poseen un pequeño terreno con árboles frutales. Mi cuerpo, agotado, quisiera caer dormido tras la noche en el autobús, aunque la belleza del lugar y del momento me mantienen despierto.

Son las tres de la tarde cuando entramos en una pequeña escuela de la ciudad. Farhang quiere que asista a unas de sus clases de inglés de esta tarde para presentarme a algunos de sus alumnos. Acepto con gusto y con ganas de conocer a estos chicos quienes llevan un par de días esperando mi llegada. Farhang les avisó de que vendría un invitado de un país lejano al que podrían hacer las preguntas que quisieran, con quien podrían charlar de cualquier tema. Algunos de ellos nunca han visto un extranjero... Me siento junto a él, y poco a poco se va llenando la clase con unos quince chicos de joven edad. Todos tienen entre once y quince años y saludan educadamente mientras cruzan la puerta. Curiosos, me inspeccionan de arriba abajo con la mirada y se detienen en mis zapatillas de montaña. Parece llamarles mucho la atención. En cuestión de pocos minutos y tras ser presentado empiezan las preguntas. Enseguida se crea un ambiente mágico, inocente. ¿Cuántos años tienes? ¿Estás casado? ¿Tienes coche? ¿Cuánto cuestan tus zapatillas? Son las primeras preguntas de estos chicos en un inglés más que correcto. Siguen muchas otras preguntas que respondo anotando cosas en la pizarra con un rotulador, dibujando un mapa de Europa para que puedan ubicar Andorra en el continente. Poco a poco, las preguntas se hacen cada vez más interesantes, son tanto sobre cuestiones personales como sobre cuestiones políticas o religiosas. ¿Como es tu país? ¿Crees en Dios? ¿Qué opinas sobre nuestro país? ¿Te gustaría vivir aquí algún día? ¿Cuál es tu objetivo en la vida? Escuchan atentamente cuando les describo el país de los pirineos, con sus valles y montañas verdes, su pequeña población, algo de su historia y costumbres. Puedo ver en sus rostros fascinación al describirlo a la vez que les enseño fotografías del valle de Incles, donde resido actualmente. Sonríen cuando les digo que su país, a pesar del poco tiempo que llevo en él, está haciendo que me enamore, por sus paisajes a perder de vista, su

historia y ante todo, por sus gentes. Y es que cada día que paso aquí y cuantas más personas conozco más me siento dichoso por haber tomado la decisión de realizar este viaje. En cuanto a la religión, me miran fijamente sin interrumpir cuando les cuento que no creo en ningún dios, que no siento la necesidad de hacerlo, que para mí, en este preciso momento de mi vida carece de sentido hacerlo. No sé qué es lo que habrá tras la muerte, si es que hay algo, y por ende, prefiero vivir esta vida libre de creencias que puedan condicionar mis actos y descubrir el más allá cuando llegue el día. Para mí, lo más importante en esta vida es el respeto. No importa en que crean las personas mientras éstas se respeten mutuamente. Aquí, por lo poco que he logrado ver de momento, no importa en qué religión crea el hombre, porque siempre será un hombre. La esencia en cada uno de nosotros es la misma, somos todos de la misma familia.

Termina la clase con fuertes apretones de manos, con fotografías, sonrisas y agradecimientos. Y aunque esté agotado, me siento con fuerzas para recibir las tres próximas clases que nos esperan. Tres horas más en las que contesto a nuevas preguntas escogiendo las mejores palabras para ello. Tres horas en las que a cada pregunta que me hacen me sorprende todavía más por los conocimientos que estos chicos tienen sobre muchos asuntos, pero ante todo, quedo fascinado por su educación, por su inocencia, por su humildad. A mi vez, también hago preguntas para saciar mi propia curiosidad. Todo ello es simplemente mágico.

El día termina apaciblemente en casa de mis anfitriones, después de un paseo por la ciudad, fumando “narguile”, tomando té con una pizca de azafrán pero con mucho azúcar. Intercambiando sinceras palabras con Farhang antes de descansar unas horas que le sientan bien a mi cuerpo exhausto. Cierro los ojos con una sonrisa en mi rostro. Me siento vivo, he aprendido muchas cosas gracias a los niños de Shahrekord.

Al día siguiente, tras una buena noche en la que el cuerpo logra descansar correctamente, volvemos a visitar la obra de la futura casa de Farhang. Son cinco plantas en total, de las cuales una será su piso mientras que la última será para sus suegros quienes disfrutarán de una de las mejores vistas de la ciudad. El aire es fresco en esta región, hace frío en invierno y calor en verano, disfrutan de las cuatro estaciones a mil ochocientos metros de altitud. La ciudad en sí no es muy hermosa, aunque el paisaje que la rodea es espectacular. Unas grandes montañas con verdes prados a sus pies ocupan el horizonte.

Los ríos son de aguas claras y el tiempo pasa aquí más despacio que en otros lugares. Se respira tranquilidad.

Tras comer con Farhang y su mujer nos dirigimos al centro por la avenida principal de Shahrekord, para asistir a tres clases más de inglés. No vamos muy deprisa, algo por debajo del límite de velocidad, aunque lo suficiente como para que las ruedas de nuestro coche dejen de tocar el asfalto a causa de uno de los muchos sobresaltos instalados en la calle para reducir la velocidad. Mi cabeza golpea el techo del coche y enseguida la ley de la gravedad me envía de vuelta hacia abajo para notar como se encoge mi cuerpo. Nos sucede lo mismo a los tres y tras unos breves segundos de silencio estallamos los tres de la risa aun con el corazón acelerado por el susto. Nadie lo ha visto venir.

La primera escuela es únicamente para chicas, y si ya había sido sorprendido con los chicos de ayer, hoy, me muestran otra faceta de la población iraní. Sus preguntas, sus respuestas a mis preguntas, su inteligencia y educación. Es fascinante. Sus ambiciones, sus sueños, su desmesurada curiosidad me hacen sonreír durante toda la hora. Dos horas más en dos clases con chicos en otra escuela y el día termina sin que haya visto las horas pasar. Ha sido una de las experiencias más bellas de mi vida. Poder estar con todos estos chicos y chicas durante dos días e intercambiar tantas cosas que van más allá de las palabras...

Esto es por lo que uno viaja.

¿Cuál es vuestro mayor deseo?

“Yo quiero ser doctora, para poder ayudar al mundo, quiero curar a las personas”

“Yo tan solo quiero que cesen las guerras y que todo el mundo entero viva en paz, que todo el mundo tenga las mismas oportunidades. Quiero ser profesora”

“Sabía antes de viajar que Irán es un país de personas honestas y acogedoras. Sabía antes de venir que me arriesgaba a enamorarme de unas tierras lejanas y poco conocidas. Y sabía también que podría ser mucho mejor de lo imaginado cómo ha sido el caso desde el primer día. A pesar de llevar tan solo una semana aquí, mi corazón ya siente un fuerte apego por este país, por sus gentes y sus paisajes, por sus costumbres y su desmesurada hospitalidad. Sabía antes de este viaje ciertas cosas sobre el país, aunque lo que nunca hubiese imaginado es que acabaría impartiendo clases de inglés como invitado en dos colegios. No sabía que conocería a casi cincuenta niños y niñas ansiosos por ver a un extranjero venido de un país del que nunca habían oído hablar y que me enseñarían tanto en tan poco tiempo.”

YAZD, LA CIUDAD DE BARRO

Desde lo alto de los tejados de la ciudad de barro de Yazd, desde sus alturas donde uno puede ver la ciudad hasta altas horas de la madrugada sentado sobre alfombras persas tejidas a mano, con el aroma del té que humea en la taza, echo una mirada hacia atrás, a esta última semana, para darme cuenta de que Irán, quizás sea uno de los países más bellos que jamás haya visitado. Los rasgos en los rostros de sus habitantes son nobles, sus miradas penetrantes y hacen querer a uno conversar con todos ellos. Aunque esto no es problema alguno, los encuentros e intercambios de palabras en las calles son cuantiosos, las conversaciones profundas, las palabras sinceras. Es simplemente mágico. Las mujeres son intrigantes, sus discretas miradas hacia los extranjeros y sus sonrisas y gestos hacen que uno sienta una gran curiosidad.

Construida en barro, con sus cientos de callejones semejantes pero distintos a la vez, uno se pierde con facilidad. Aunque si se deja llevar, va a descubrir paso tras paso pequeños tesoros para alimentar la mente. Es un lugar auténtico que ha sabido conservar su historia mejor que muchas otras ciudades. El calor es intenso, aunque seco, con lo que puedo soportar mejor las altas temperaturas. Gracias a su ubicación, digamos que bastante alejada de otras ciudades, se ha logrado mantener en pie y ha sido inmune a muchas batallas y saqueos durante numerosas guerras. Tiene un toque de romántico y de místico a la vez. Destacan los captadores de viento sobre los tejados de la ciudad que siguen siendo usados hoy en día como medio de refrigeración de muchos edificios. Su avenida principal rebosa de vida, con sus cientos de paraditas donde comprar comida o prendas de ropa, mientras sus pequeños callejones son más bien silenciosos. De vez en cuando, alguna vieja motocicleta suena haciendo eco entre las paredes de barro y paja. Los habitantes saludan siempre a los recién llegados de muchos países distintos. Me cruzo con varios viajeros en el centro, varios franceses y alemanes, la mayoría jóvenes.

Caminamos con Ricardo tranquilamente, dejándonos llevar por los sonidos de la ciudad para descubrirla poco a poco. Nos conocimos en la estación de autobuses de Esfahán cuando nos disponíamos a tomar el bus hacia Yazd. Él venía de pasar unos días en casa de una familia iraní cuya experiencia quedará grabada en su mente y corazón de por vida mientras yo venía de despedirme de mi amigo Farhang. Me hubiese gustado descubrir un poco más Esfahán, aunque tuve la

suerte de recorrerla durante la noche con mis amigos y ver su lado más romántico gracias a los juegos de luces de todos los monumentos. La plaza de Naqsh-e Yahán, también conocida como la plaza del imán Jomeini me dejó boquiabierto. Su inmensidad, su serenidad... Está rodeada de monumentos, mezquitas y el bazar de Esfahán. Las mezquitas, por ejemplo, son lugares que despiertan algo en mí, que a pesar de no ser una persona religiosa, me hacen sentir cierta quietud y cierta paz al adentrarme en ellas.

Junto con dos británicos y Ricardo alquilamos un taxi para que nos conduzca a las afueras de la ciudad, hacia el desierto. Son un par de horas en coche, bajo un sol intenso y por unas carreteras hipnotizantes por sus líneas rectas y montañas arenosas de fondo que hacen que apenas intercambiemos unas pocas palabras. Cada uno por su ventanilla se deja llevar hacia quién sabe dónde. Nos detenemos en Kharanagh, una ciudad de barro abandonada en medio de la nada, en un pequeño valle verdoso en su base y rodeado de montañas grisáceas. Apenas somos una decena de personas en toda la antigua ciudad con lo que uno puede viajar en el tiempo e imaginar cómo se vivía aquí en la antigüedad. Algunas de sus estructuras tienen más de mil años según dicen unos, mientras también se dice que este lugar ya estaba habitado hace cuatro mil años. Simplemente, me dejo llevar por los cientos de pasadizos, callejones, túneles y terrazas a las que me subo casi a gatas. Es quizás uno de los lugares más lindos que he visto hasta ahora. Tras casi dos horas entre paredes de adobe nos encontramos de vuelta en la entrada para abastecernos de agua fresca de una fuente natural.

Unos kilómetros más en coche, con sus respectivos paisajes impresionantes, y nos detenemos en Chak chak, un santuario sagrado y donde según el zoroastrismo, Nikbanou, la segunda hija de Yazdegerd tercero fue arrinconada por las fuerzas árabes allá en el año 640. Nikbanou rezó a Ahura Mazda, la deidad suprema del zoroastrismo para que le ayudase, y entonces, la montaña se abrió milagrosamente y Nikbanou entró para ser protegida de sus persecutores. A partir de aquel momento se llamó a este lugar Chak Chak, que vendría a significar “goteo” ya que en su interior siempre hay agua goteando. Dice la leyenda que estas gotas son lágrimas de dolor que la montaña suelta en memoria de Nikbanou.

Cada templo tiene una larga historia entre sus paredes, cada callejón leyendas milenarias y cada persona memorias que compartir. Miles de años han pasado y miles más pasarán. Pasado y futuro en el castillo de Narin, en Meybod. Hecho completamente de adobe, datado en el año 4000 a.c. Unos seis mil años de antigüedad. Estos

lugares históricos siempre me invitan a caminar en silencio, despacio, y a acariciar suavemente con las manos las paredes. ¿Cómo era la vida aquí hace miles de años? ¿Quiénes vivieron y quiénes murieron entre estas paredes?

El Faravahar está presente en muchos lugares. Simboliza el camino a seguir por el alma en la vida hasta su unión con Ahura Mazda. Este símbolo milenario del zoroastrismo llama particularmente mi atención. Sus tres hileras de alas significan “buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones”. El zoroastrismo sigue presente aquí. Esta antigua religión fundada por Zaratustra está gravada en la roca de los monumentos y así seguirá siendo durante mucho tiempo.

Todos estos lugares que día tras día descubro me brindan serenidad, calma, paz. La dedicación con la que se construían antiguamente todos estos templos para que perdurasen cientos de años, el cuidado a los detalles más pequeños, el amor incondicional hacia algo más grande que el ser humano, hacia algo superior, eterno. Todo ello es sublime. Todo ello invita a uno a pensar en muchas cuestiones. ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Acaso hay un propósito? Efímera es la existencia del ser humano... Un abrir y cerrar de ojos, una brisa de aire.

“Buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones”

BABAK Y SU PEQUEÑO PARAÍSO

La ciudad de Yazd quedará grabada en mi memoria por siempre, al igual que muchos otros lugares por los que he tenido la suerte de viajar. Son experiencias de un valor incalculable, me hacen sentir afortunado, dichoso. Y es que llevo años realizando pequeños y grandes viajes con los que estoy llenando tanto la memoria como el corazón con experiencias y sentimientos. Cientos de personas se cruzan en mi camino para dejar una huella para siempre, y me gusta creer que yo también dejo algo en ellos tras mi paso. He hecho grandes amigos a través de los años. Mi corazón no reside en un solo lugar, sino alrededor del mundo. Mi hogar está en Bosnia y Herzegovina, está en Estambul, está en Canadá, en Fuentes de Lucía, en Suiza, en Albania, en Macedonia y en muchos otros lugares de distintos países. Y ahora, también en Irán. Soy consciente de la suerte que tengo al poder viajar a todos estos países, aunque también soy consciente de que nada me ha sido regalado, si estoy aquí ahora es porque he trabajado duro para ello. Durante estos últimos años he trabajado para costear todas mis aventuras. He invertido en mí, y es que siempre he creído que las experiencias vividas en los viajes son de gran valor y que año tras año me harán ser la persona que quiero llegar a ser. Quizás nunca logre poseer un hogar lleno de recuerdos materiales en el futuro, aunque sí tendré un corazón lleno a rebosar de vivencias y una mente repleta de recuerdos que tan solo yo habré vivido, y eso, tiene mucho más valor para mí que cualquier otra cosa. Viajar y colaborar a la vez que descubro nuevos horizontes, creo haber encontrado el equilibrio y una manera de hacer las cosas. Me dejo llevar prestando atención a cuanto mi intuición me susurra. Sin prisas viajo hacia el sur sabiendo que volveré al norte, esperando que allí estén aquellos quienes aguardan mi llegada aun sin saberlo. Algo me dice que allí encontraré lo que busco.

Estoy en Shiraz, al sur de Irán. El calor no es excesivo tal y como lo imaginaba, en la sombra se está a gusto cuando las pequeñas brisas de aire acarician la espalda algo transpirada. Es una ciudad ruidosa y apacible a la vez. Es parada obligatoria para quien viaja por el país. Su larga historia es preservada en las paredes de sus calles, en los sonidos de los callejones sin salida y en las voces de sus gentes en los bazares. Es magia, es puro. Llegué a la ciudad tras casi siete horas de viaje por carreteras infinitas, por paisajes desérticos que inducen a uno a la contemplación silenciosa. Las montañas siguen donde lo

estuvieron hace miles de años, y así seguirá siendo. Tan solo unas pocas carreteras cruzan los paisajes para llevar al viajero de un lado para otro en automóviles modernos. Aquí, los viajeros son sorprendidos con la belleza de sus monumentos, plazas, mezquitas y grandes bazares que deleitan a todos y cada uno de nosotros.

Majid me dio la bienvenida a Shiraz con una gran sonrisa, y aunque no puede alojarme en su casa, en el tiempo que llevo aquí se ha preocupado por mí al igual que lo hace un padre por su hijo. Así también lo hicieron Farhang y Marianne en Shahrekord y todos los que me han ayudado hasta ahora. Realmente se preocupan e interesan porque nuestra estancia sea lo más agradable posible. Ricardo, por su parte, también ha tenido experiencias similares con familias iraníes que nunca olvidará. La hospitalidad iraní siempre está presente en todas las conversaciones entre viajeros.

Nos alojamos en casa de Babak, en su pequeño paraíso, así lo he querido llamar desde el primer momento en que crucé la puerta de entrada para acceder a un patio más bien modesto, aunque con una serenidad impresionante. La ruidosa ciudad queda fuera, queda aislada tras las gruesas paredes para que uno pueda gozar de unos momentos de relajación junto a su familia.

Este lugar no aparece en las guías de viaje ni en la red, es tan solo cuestión de azar para que uno se encuentre con Babak en las calles de la ciudad y te ofrezca alojamiento a muy buen precio en unas habitaciones gigantescas con vistas al patio. Un té bajo la sombra de los árboles, un pastel hecho por su hermana, unas largas charlas y muchas risas. Esto es lo que a mí me gusta de verdad.

Shiraz fue la capital de Persia durante la dinastía Zand, entre 1750 y 1794. Se la conoce como la ciudad de la poesía, el vino, las rosas y las luciérnagas. Uno de los lugares más famosos de la ciudad es la mezquita de Nasir ol Molk, donde un espectáculo de colores se produce cuando la luz del sol pasa a través de los cristales de colores y se refleja en las alfombras a primera hora de la mañana. Aunque por mucho que uno madrugue para ver tal belleza, se encontrará con centenares de personas que vienen a hacer lo mismo. Aun así, es parada obligatoria para el viajero quien curioso se sienta a observar los colores fundirse en la ropa de las personas, a disfrutar del silencio y del eco de algunas voces entre los arcos de la mezquita. Y como no, también se debe visitar Persépolis, situada a unos escasos setenta kilómetros de la ciudad, para descubrir los restos de lo que fue la antigua capital del imperio persa cientos de años atrás.

Shah Cheragh, su grandeza, su belleza y su geometría me deja sin palabras. Cientos de personas vienen a rezar a todas horas, a

sentarse o estirarse dentro de su brillante mezquita donde parece que se detenga el tiempo por completo y donde uno puede sentir la religión en su más puro estado. Es sobrecogedor. Y es que Shiraz tiene todo lo que el viajero busca, mucha historia, cultura, miles de rincones por descubrir y un gran bazar donde perderse durante horas. Sin duda, merece la pena quedarse unos días en el centro. Muchos de los antiguos Hamam han sido restaurados y convertidos en restaurantes o cafeterías donde uno puede pasar un rato agradable al fresco, así lo hacemos con Ricardo, después de reencontrarnos tras conocernos en Yazd. Los días son largos, queremos aprovechar al máximo las horas y nuestras piernas piden descanso por momentos tras caminar durante kilómetros de aquí para allá. Para terminar los días siempre no espera un té en casa de Babak, donde compartimos momentos escuchando música, charlando sobre muchas cuestiones distintas, riendo y jugando a bádminton en el patio con una red improvisada. Su buen inglés hace que podamos mantener conversaciones de lo más interesantes, y también, que podamos reír a carcajadas con sus bromas. Tiene un gran repertorio de ellas almacenado en su curiosa mente. Las habitaciones de la segunda planta dan al patio interior, y una de ellas tiene unos grandes arcos con un balcón al cual se asoma Babak y nos saluda como lo hacía Hitler. Alzando la voz nos dice “¡Hi my friends!”.

Siempre que dejamos la casa para descubrir la ciudad, este pequeño e hiperactivo hombre se despide de nosotros con un fuerte apretón de manos, nos recuerda como lo haría una madre de tener cuidado y de no olvidar nada, especialmente la medicación de Ricardo, unas inyecciones guardadas en la nevera para la diabetes. No le podemos estar más agradecidos.

ROADHOUSE BLUES

Dejo atrás las calurosas tierras del sur y sus paisajes a perder de vista. Algo que me encanta de este país, es que aunque uno esté en el desierto, en medio de la nada, casi siempre logra ver alzarse montañas en alguna dirección del horizonte. Shiraz va quedando atrás mientras el autobús de asientos tapizados y lleno de alfombras me lleva a mí y a otras veinte y tres personas a un nuevo lugar. Hoy me ha tocado despedirme de Babak, con un fuerte abrazo. No olvidaré mi estancia en su hogar, las buenas charlas, las cuantiosas risas y las partidas de bádminton en el patio. Todas las ciudades tienen algo especial, cada una de ellas provoca sentimientos distintos a los viajeros, y también, tienen todas algo en común. La hospitalidad de sus gentes. Me he despedido también de Majid, con otro fuerte abrazo y palabras sinceras. Este hombre es la definición de esfuerzo y perseverancia. Está aprendiendo inglés con mucho interés y orgulloso nos dijo a Ricardo y a mí, “estoy contento por tener dos nuevos amigos de países lejanos”. No podemos ser más afortunados, nosotros los viajeros que nos dejamos llevar por estas tierras tan misteriosas en ocasiones, tan llenas de historia, con un dios presente en sus cientos de lugares religiosos.

Y por último, me he despedido de Ricardo, el italiano trotamundos. Aunque estoy seguro de que volveremos a vernos, ya sea en casa o bien en Boloña. No puedo evitar reír cuando recuerdo el momento en el que le preguntaron porque vestía un pantalón de pijama en la calle. Sus tejanos se rajaron y compró un pantalón a cuadros de tela fina que aquí son solamente usados como pijama, y él, los llevaba puestos durante todo el día.

En Shiraz por ejemplo, se nota la presencia de turistas, se ven llegar autobuses de franceses y chinos en rebaños con guías, algo que no vi en Teherán o Yazd. Aunque uno tan solo tiene que alejarse de los ejes principales para sentirse aventurero de verdad. Y ahora, la ruta que emprendo hacia el Kurdistán es más bien poco conocida por las agencias de viajes. Los rostros de las personas van a cambiar, también las costumbres, la vestimenta y los paisajes. Los kurdos, según dicen, son todavía más acogedores que el resto de la población. Eso es lo que voy a averiguar esta próxima semana.

Son las siete de la tarde cuando se detiene el bus en medio de la nada. Es un control policial, hay seis agentes y dos perros. Yo debo ser el único que no entiende nada de lo que se están hablando entre agentes y pasajeros. Nos agrupan contra la pared de un viejo hangar

y abren los maleteros para que los perros olisqueen todas las mochilas. A los quince minutos nos dejan volver a nuestros asientos, parece ser un control rutinario aunque cuando ya estamos a punto de marchar, de repente, uno de los policías se sube de vuelta y se acerca a los dos chicos que tengo a mi derecha. Les ordena seriamente bajar con todas sus cosas y seguidamente nos pide a todos volver contra la pared. Ahora, sacan herramientas y el olisqueo de los perros dura casi media hora más. No encuentran nada bajo los asientos de los dos chicos que han sido interrogados a un lado del hangar. Parece ser que el hecho de que se rieran tras la primera inspección levantó sospechas entre los agentes. Otros muchos autobuses y automóviles son inspeccionados mientras nuestro chófer vuelve a montar la moqueta y pedazos de plástico que los policías han arrancado en su búsqueda.

Con un cielo despejado pero con un aire más bien fresco, seguimos en dirección norte entre largas llanuras desérticas. Algún que otro pueblo se deja ver entre pequeñas agrupaciones de árboles por la presencia de agua en las bases de los valles, aunque básicamente es todo arena y roca. Cae la noche, procuro dormir, sin éxito. Con los ojos cerrados intento encontrar una posición cómoda con la que descansar, aunque me es imposible. ¿Porque habré vuelto a comprar un pasaje de bus nocturno sabiendo que no lograría dormir? me pregunto mientras mi cabeza se tambalea golpeando de vez en cuando la ventana. Pasadas las ocho de la mañana llego finalmente a Kermanshah, tras casi 17 horas de viaje en bus. Estoy agotado. Parece ser que en medio de la ruta, en una de las paradas, un viajero fue olvidado y tuvimos que retroceder para buscarlo con lo que el viaje se ha alargado unas horas más de lo previsto.

Kermanshah, apenas unas mezquitas y un bazar algo caótico en el que verduras y carnes comparten puestos callejeros. Algunas cabezas de animales, hígados enteros y pieles de cordero atraen algunas moscas cuales los vendedores no se molestan en espantar. Los olores de las especias son fuertes, los colores de las ropas intensos. Aquí, la mayoría de los habitantes son kurdos y sus vestimentas son distintas, también el idioma y las costumbres alimentarias.

Morteza y Mojtaba me guían por las calles desorganizadas de esta ciudad kurda. Visitamos los lugares de más interés del centro hasta que decidimos alejarnos de la ciudad a finales de tarde para descubrir nuevos horizontes. A unos cuarenta kilómetros a las afueras de la

ciudad el paisaje cambia drásticamente, unas grandes montañas reposan su peso sobre enormes llanuras verdesas. Es sencillamente precioso. Son de esos paisajes de los que uno no puede despegar la vista. El color verdoso de la hierba de los campos de trigo se funde poco a poco con el color de la roca de las altas montañas. Áridas en sus cumbres y frescas en sus sombras con lo que uno desea a menudo añadir otra prenda de ropa sobre la piel.

Al día siguiente conozco a Afshin, amigo de Mojtaba, quien conduce de manera nerviosa, fuerza las marchas de su Peugeot 206 por las calles de Kermanshah mientras se funde con el caos organizado que es la circulación en este país. Es la ley del más fuerte, se adelanta en cualquier lugar, se conduce en contra dirección en ciertas calles y uno puede dar la vuelta en cualquier esquina. La bocina es usada constantemente para avisar de los adelantamientos, giros y maniobras que en cualquier país europeo estarían sancionadas. Aun así, se circula correctamente, todavía no he presenciado ningún accidente en las ciudades. La mayoría de los coches que ocupan las calles son Saipa, una marca iraní con poca variedad de modelos, otros muchos Paykan de los años sesenta y setenta y una cantidad enorme de Peugeot de los años dos mil con nombres de modelos que nunca había visto como el Peugeot Pars, que no es más que el conocido Peugeot 406. Con buena música de fondo navegamos por la ciudad. Suena AC/DC, los Rolling Stones, Supergrass, Nathaniel Rateliff y muchos otros artistas ya que nuestro chófer así lo pide. Quiere escuchar música extranjera cuyas melodías nunca ha oído. Todo culmina con el tema de The Doors llamado Roadhouse Blues. A todo volumen por las calles, bajo las miradas de incredulidad de ciertos peatones cuando nos detenemos en los semáforos de las grandes avenidas.

En las calles tienen su propia fiesta, nos obsequian con zumos frescos mientras caminamos. Grupos de personas bailan con el sonido de canciones tradicionales kurdas, el ambiente no puede ser más festivo. Aunque dentro de tres días toda esta festividad terminará, la música en las calles volverá a estar prohibida en cuanto acaben las elecciones para la presidencia. Todo esto una gran propaganda para convencer al pueblo de votar por los varios candidatos. Mi anfitrión y varios de sus amigos coinciden, quieren mantener al presidente actual y no sería de su agrado que la "paz" en la que se vive ahora se viese afectada por el radicalismo de los demás candidatos. Mejor malo conocido que malo por conocer. Por encima de este, se encuentra el líder supremo del país quien es responsable

de la supervisión de las políticas generales del estado y es jefe en mando de las fuerzas armadas. Unos lo adoran, otros no. Algunos aprueban todas sus normas, incluso las más estrictas y radicales, y quienes no obedecen...

Siento compasión por la población iraní, porque nadie merece ser oprimido por la fuerza, y aunque yo no haya visto ni un ápice de violencia o conflictos entre ciudadanos y fuerzas policiales, sí he oído muchas historias atroces por parte de muchas personas que he conocido. Ojalá fuesen todas inventadas y jamás hubiesen sucedido... Yo, tan solo soy un viajero más, de paso hacia otras tierras. Yo he viajado hasta aquí para conocer al pueblo iraní, no a quienes lo gobiernan. Quería encontrar a aquellos por los que este país tiene fama de hospitalario entre los viajeros, y así lo he hecho hasta ahora en todas las ciudades y pueblos por los que he pasado. Ninguno de los relatos que he leído estos últimos meses estaba equivocado. Los iraníes, dejando de lado a sus líderes, son nobles, acogedores, sociables y generosos. Así de simple.

He recibido un mensaje de mi hermano, me alegra ver que todo le va bien, ha acabado su trekking y ahora estará unos días de reposo en Katmandú. Estuvo unos días incomunicado por falta de señal telefónica y a decir verdad me sentí bien preocupado. Tengo ganas de reencontrarme con él en Estambul a finales de mes, de que me cuente lo que ha vivido y sentido en su aventura.

LA ETERNIDAD, CUESTIÓN DE FÉ

Estoy en Kamyaran, una pequeña ciudad no muy lejos de la frontera iraquí, rodeada de montañas, y donde los rostros y vestimentas son muy distintos al resto del país. También lo es el idioma. A pesar de que todos hablan Farsi, también hablan el kurdo y varios de sus dialectos como el Orami. Cuando intento buscar las pocas palabras aprendidas en los estantes de la memoria y éstas se mezclan entre sí, me es complicado comunicarme correctamente con la gente. Afortunadamente siempre se encuentran personas que hablan inglés en todas partes y siempre logra uno hacerse entender. No es cuestión de idiomas, es cuestión de voluntad.

Estoy en casa de Mohammad y su familia desde hace un par de días, soy el primer extranjero al que acogen, y estoy seguro de que no seré el último que sienta que tiene una nueva familia cuando marche de aquí. Cuando los conocí a mi llegada a Kamyaran no despegaron sus miradas de mi durante la primera hora. Curiosos, me inspeccionaron de arriba abajo. Incluso algunos transeúntes se detuvieron también a mirar a un extranjero cargado con una mochila de montañismo y artilugios extraños para los más mayores. Rebin, el padre de familia, es de una bondad inmensa, sonriente, atento y sabio. Mohammad, de tan solo diez y seis años, es listo, amable y curioso. Son simplemente encantadores. Las conversaciones son largas, intensas, mágicas. Las horas pasan volando mientras vamos de una casa a otra para conocer a todos los familiares, mientras hacemos una pausa en la heladería familiar para tomar un zumo de zanahoria con helado de vainilla que se funde lentamente con el jugo antes de seguir estrechando manos aquí y allá. Y es que todo el mundo está al corriente de que hay un viajero en la ciudad y lo quieren conocer. Incluso el peluquero del barrio, quien me ha ofrecido un buen té kurdo mientras me afeitaba y cortaba el pelo sin coste alguno para darme la bienvenida a la ciudad. Grandes cantidades de té, mucha, pero que mucha comida a todas horas y muchas reuniones familiares. Es una cultura realmente interesante donde la familia es lo más importante, al igual que las amistades. Los salones de las casas son amplios espacios con grandes alfombras donde todo el mundo hace la vida a ras de suelo.

Comer, charlar y dormir. Tan solo se necesita un cojín, generalmente duro, y una pequeña manta para pasar la noche. Es agradable aunque los primeros días el cuerpo se resiente un poco por la dureza del suelo. Ha sido y es increíble. El Kurdistán, no me he marchado todavía que ya estoy pensando en cuando volver...

Esta región es bellísima. Sus montañas, sus ríos de aguas claras y su aire fresco brindan serenidad a los habitantes. El tiempo transcurre, a

mi parecer, más despacio. Sin prisas pero sin pausas como dice el dicho, viajamos en el viejo Paikan de Rebin por carreteras en las que apenas nos cruzamos con algún que otro tractor para llegar a Palangan, un famoso pueblo del Kurdistán iraní construido en las pendientes de un angosto valle. Una vez aparcado el auto a las afueras seguimos a pie el curso del río durante algo más de una hora para llegar a un pequeño restaurante improvisado donde nos sirven un pescado frito delicioso que comemos con el sonido del río de fondo. Un té, una buena charla, algunos momentos silenciosos en los que todos observamos el paisaje y pensamos en nuestras cosas, y a nuestra vuelta, la naturaleza nos obsequia con colores anaranjados en el cielo mientras poco a poco anochece.

Tras muchos meses de espera he podido realizar parte del proyecto que llevo tanto tiempo organizando. Al fin hemos pasado a la acción. Por eso también estoy aquí. Junto con Mohammad y su primo Saadi visitamos al señor Taha, director de una pequeña organización no gubernamental que se dedica a proveer alimentos, vestimenta, y material escolar a ciento cuarenta y cinco familias de Kamyaran sin recursos económicos para ello. Viven en el umbral de la pobreza. El nombre de la organización es en kurdo y es una expresión cuya traducción es imposible, aunque vendría a ser algo parecido a "por una vida mejor, por una eternidad mejor" según me cuenta Mohammad, mi traductor oficial. Se sustenta gracias a donaciones particulares, tanto económicas como materiales. Llevan varios años en la ciudad y su trabajo es remarcable. Además, ofrecen locales a las familias donde éstas pueden por ejemplo tejer prendas, hacer pan en su horno u otras muchas cosas para crear productos que luego puedan vender. Disponen de huchas en muchas partes de la ciudad y tienen contratos con muchos negocios en los que las familias necesitadas pueden acudir con unos vales previamente generados por la organización y que son intercambiados por comida por ejemplo. De esta manera pueden seguir acudiendo al supermercado y escoger los productos en lugar de que les den las bolsas hechas desde la oficina.

Estoy convencido, y Mohammad también, es un buen lugar para aportar nuestra ayuda. Así pues, lo primero es cambiar euros a riales en el banco. No conocen a cuánto está el cambio actual en el momento de nuestra visita, no entiendo muy bien porque, y me preguntan cuántos riales quiero por los quinientos euros que llevo a cambiar. Quedo bastante sorprendido por tal pregunta y le doy la tasa de cambio según lo que dice mi aplicación en el teléfono actualizada al instante. Unos casi veinte millones de riales, que son una gran

cantidad de billetes amontonados. Salimos pues en dirección al supermercado cuando una llamada irrumpe en el teléfono de Taha. Es del Banco, según parece se han equivocado y debemos volver. Nos cuenta el gerente que después de haber verificado el cambio, todavía nos debe casi medio millón más de riales ya que en esta provincia los cambios de euros a riales están exentos de comisiones gubernamentales. ¡Genial!

Ahora sí, nos prestan una furgoneta que se va llenando poco a poco en su parte trasera de alimentos tales como arroz, aceite, pasta, tomates en lata, azúcar y sal y varios productos básicos más que van haciendo que los amortiguadores del vehículo se encojan lentamente. Son más de 140 kilos de arroz, más de 40 litros de aceite, unos 20 kilos de azúcar, otros tantos de sal y muchos otros de pasta. Es mucha la comida que hemos logrado comprar, y aun así, sobra una buena parte de dinero con la que decido comprar vales para una zapatería. Según nos cuenta Taha, el calzado es algo que no pueden permitirse muchas familias. Generamos veinte vales para ello. Los quinientos euros cunden de verdad. Es una gran aportación que sin duda ayudará a muchas familias durante un tiempo, aunque siempre se puede hacer más, ¿no es cierto?

Satisfechos, marchamos a almorzar a casa de Taha donde discutimos de muchas cuestiones, aunque la larga charla termina intercambiando nuestras opiniones sobre religión. Tengo la sensación de que Taha intenta convencerme de la existencia de su dios a la vez que yo argumento el por qué no creo en ninguno de los cientos de dioses que los humanos adoran en este mundo. Creo, que este peculiar hombre queda insatisfecho por no haber logrado un cambio en mí en este aspecto, aunque ambos coincidimos en algo más importante que las creencias, el respeto. Mientras exista respeto entre religiones y personas, no importa en que crean los individuos. Paz y respeto ante todo.
La religión es una cuestión de fe.

Me acuesto esta noche contento por lo logrado y ansioso por seguir con este proyecto, y es que en pocos días me dirijo hacia la ciudad de Erbil, en Irak, para llevar a cabo la segunda parte del proyecto. También habrá una tercera parte en Estambul. He decidido repartir los fondos en tres lugares distintos este año con lo que dejar una huella en varias ciudades del mundo. Son tres nuevos proyectos que se hacen realidad gracias todos los que confían en mí allá de donde provengo. Es gracias a las aportaciones de todos mis amigos y familiares.

Me acuesto sintiéndome afortunado por haber conocido a esta gran familia en Kamyaran, son una inspiración para mí. Rebin, el padre de familia, ha estado a mi lado durante toda mi estancia y hemos logrado tener charlas muy interesantes. He aprendido muchísimo estos días sobre la importancia de la familia, sobre la bondad, sobre la hospitalidad, y ante todo, sobre educación. No les puedo estar más agradecido.

*“Algunos viajeros me advirtieron de que la población kurda podía llegar a ser
peligrosa, acogedoramente peligrosa.
No he visto en mi vida una tal hospitalidad como la que estoy viviendo estos
días aquí”*

BIENVENIDO A IRAQ

Me levanto relativamente temprano con la idea de llegar a la frontera iraquí con suficiente tiempo por lo que pueda suceder una vez allí. Y es que no estoy del todo seguro de que me concedan un visado en este punto de entrada al país. Según he podido leer en Internet, algunos han logrado obtener el visado, aunque otros no. Bien podría ser que me denegasen el paso, que tardase varias horas o cualquier otra cosa, pero quiero probarlo. Así pues, y nada más poner un pie en la calle no necesito ni levantar la mano para que el primer coche que pasa toque la bocina y se detenga. Tras un breve intercambio de palabras y gestos de manos creo que me lleva hasta la frontera. Son apenas quince kilómetros los que separan Marivan, donde me he alojado un par de noches, los que hacemos en un viejo Paikan ruidoso y oxidado. Entonces empieza la aventura. Siento emoción y mucha curiosidad por descubrir el Kurdistán iraquí. No sé lo que me espera, no tengo ni idea de cómo serán las personas, los paisajes, las costumbres locales y tampoco si será de mi agrado o no. El Kurdistán iraquí, ¡allá voy!

No entiendo los letreros, aunque me dejo llevar por el tráfico de peatones entre camiones de carga hasta llegar a un edificio en el que escrito en inglés dice "Exit Iran". Los puestos de control están cerrados en los largos pasillos pero encuentro una pequeña sala donde tres agentes me invitan a entrar. "¿Es aquí para salir de Irán?" Pregunto en inglés. "Sí, aquí es, siéntate un minuto". Contesta uno de ellos. Miran mi pasaporte mientras discuten entre ellos y al cabo de un par de minutos me dicen que necesito un visado para Iraq antes de dejarme seguir y sellar mi pasaporte para la salida del país. Sonriente, les contesto que me han informado las autoridades iraníes que este paso fronterizo no requiere de visado previo para Iraq y qué tan solo necesito que me sellen el pasaporte. Durante unos breves segundos estos tres agentes dudan de mis palabras. Y es que nadie me ha dicho tal cosa, tan solo lo he leído en un viejo blog de internet. Llamen por teléfono a sus superiores y mientras esperamos una respuesta me cuestionan amablemente. "¿Eres periodista? ¿Llevas cámara de fotos? ¿Eres terrorista o turista?" Me preguntan también riendo. Y enseguida la pregunta que tantas sonrisas desata en este país, ¿De que equipo de fútbol eres? Del Barça, contesto. "Ahhhh" exclaman los tres a la vez. Tan solo unos instantes después, mientras hablamos sobre los Gypsy Kings, que a mi sorpresa desde mi llegada al país casi todo el mundo conoce, suena el teléfono para corroborar mi historia. Puedo seguir adelante ahora con el sello de salida de Irán. Varios controles

más de pasaporte en varias casetas distintas se suceden, también con varias preguntas sobre mi país y mi destino hasta llegar al gran edificio donde debo hacer sellar mi pasaporte para mi entrada a Iraq. Dos amables agentes armados me ayudan con el proceso que dura varios minutos, me escanean el rostro con una cámara, me piden unas huellas dactilares, relleno un formulario, pago cinco mil dinares iraquíes y listo. Adelante, estoy en Iraq oficialmente con un visado turístico para la región autónoma del Kurdistán iraquí de treinta días.

Tomo un taxi hasta el siguiente pueblo a unos escasos cinco kilómetros y de ahí un autobús que me llevará hasta Solimania. Entonces empiezan los controles militares cada pocas decenas de kilómetros, así es porque la región es segura en este momento, no se les escapa nadie en las carreteras. Sí bien a pocos cientos de kilómetros de donde me encuentro el país está en guerra, aquí, no hay conflicto alguno. Las fuerzas militares llevan años protegiendo esta región. Aquí no hay terroristas.

Todo el mundo muestra su carné de identidad en los controles, y yo mi pasaporte, lo que conlleva a que me hagan bajar del minibús para ser cuestionado en pequeñas salas con oficiales armados a cada vez, pero no hay porque alarmarse, la amabilidad de todos ellos me muestra que es tan solo un proceso rutinario y que apenas han visto turistas por esta región. Tan solo quieren tener controlados a los extranjeros escaneando en todos estos puntos estratégicos los pasaportes. En el primer control siento un leve tembleque en las manos por los nervios mientras tres agentes controlan mi pasaporte y me hacen varias preguntas. Es la primera vez que me hacen entrar en una sala con hombres armados para cuestionarme. En el siguiente control me siento más bien relajado. Su amabilidad y variopintas preguntas para saciar su curiosidad me reconforta. Al tercer control en el que me hacen bajar del minibús lo hago pidiendo disculpas a los demás pasajeros, estoy retrasando nuestro convoy. Algunos sonrían, otros dicen palabras que no entiendo.

De Solimania a Erbil viajo en taxi compartido, y de la decena de controles que pasamos, tan solo en uno me piden el pasaporte, aunque no me hacen bajar del vehículo, simplemente me desean un buen viaje y me dan la bienvenida.

El paisaje ha cambiado drásticamente, también las carreteras, llenas de grandes socavones en muchos tramos. Rodamos por algunos caminos de tierra y se pueden ver muchos montones de desechos en los arceles. Se conduce mejor que en Irán, de eso no hay duda, y los coches son grandes modelos de varias marcas distintas aquí. Ford, Chevrolet, Hyundai y muchos otros ocupan las carreteras, no como en

Irán donde la mayoría eran Saipa, Paikan o bien Peugeot de los años noventa.

Consigo un taxi para que me lleve al centro de Erbil desde la estación a las afueras por buen precio. Este me deja a las puertas de la ciudadela, y entonces me doy todavía más cuenta de que mi decisión de querer visitar Iraq era acertada. Es imponente como se alzan los muros de esta milenaria ciudadela y como los monumentos ocupan el centro de la ciudad. Estoy ansioso por salir a descubrir sus calles, aunque antes quiero encontrar alojamiento y descansar un poco, una leve migraña amenaza mi cabeza y prefiero cerrar los ojos un par de horas antes de salir a caminar. Tengo pensado quedarme aquí tres o cuatro días quizás. Tengo un contacto con el que realizar la segunda parte del proyecto y todo me dice que esta ciudad es el lugar indicado para ello. Eso es lo que voy a averiguar próximamente.

Viajar me hace bien, es así de simple. Escapar de la rutina, de los horarios, de las obligaciones... Este último invierno ha sido particularmente duro. Muchas horas dedicadas al trabajo, alguna que otra decepción, momentos de desánimo... Aunque he logrado afrontarlo y aprender tanto de las cosas buenas como de las malas. Soñar con el viaje me ha ayudado durante los días duros en los que he querido rendirme, en los que uno se cuestiona si lo que hace es lo correcto. Porque hay momentos en esta vida en los que todo carece de sentido. Pero han pasado los días, las semanas y los meses y al fin estoy de vuelta en el camino. Ya he dejado de imaginar como serían estas tierras por las que viajo, porque ahora, todos mis sentidos absorben cuanto me rodea. Lo siento, lo vivo y lo grabo dentro de mí para que algún día se convierta todo ello en recuerdos.

He vuelto, este soy yo.

ENTRE LA CIUADAELA Y EL BAZAR

Erbil es la capital de la región autónoma del Kurdistán en Iraq. Es la cuarta ciudad más grande de Iraq y según dicen, su ciudadela es una de las que han estado habitadas permanentemente durante más tiempo. Fue en 2014 cuando la Unesco le otorgó el estatus de patrimonio de la humanidad.

A las puertas de ésta me encuentro, alojado en un pequeño y económico hotel junto al basar. Por las mañanas, todo tarda en despertar, los puestos callejeros y los comercios que rodean la ciudadela abren poco a poco uno tras otro, y esos instantes, son para mí los mejores para salir a pasear. Apenas hay coches a primera hora comparado con el colapso de la tarde. Cientos de taxis ocupan las calles y miles de peatones caminan de un lado para otro. El bullicio de gente del centro es caluroso, caótico y ruidoso, aunque cuando uno se deja llevar por las mareas de gente encuentra su propio camino para descubrir nuevas cosas cada día.

Llevo varios días en la ciudad con lo que he podido descubrir varias de sus facetas. Desde la pobreza en los pequeños callejones donde la gente sobrevive con la venta ambulante de mil y un productos distintos, a la riqueza de los barrios modernos alejados del centro. Sharif me enseñó parte de ellos, donde los guardas armados velan por la seguridad de aquellos que supongo tienen grandes negocios en la región. Grandes inmuebles se alzan con parques alrededor donde juegan los descendientes de estos magnates. Me pregunto si todo esto lo habrá pagado el oro negro... No he querido indagar demasiado, no he querido hacer preguntas que puedan hacer sentir incómodo a algunas personas. En esos barrios adinerados, el precio de las cosas es absurdamente elevado, desde un café a casi cuatro euros a una pequeña botella de agua a más de tres euros cuando en el centro cuesta apenas diez y siete céntimos de euro. Grandes coches americanos ocupan estas calles, grandes modelos que tan solo había visto en la televisión en alguna ocasión. Quizás el hecho de que coexistan estas dos muy distintas clases sociales hacen que aquel que camine por el centro se sienta observado. Quizás piensen los lugareños que soy uno de esos muchos ricos de las afueras. Algunos transeúntes me miran fijamente, se acercan curiosos a mí en algunos callejones mientras pido un té Kurdo para empezar el día. Muchos son los que me preguntan sobre mi origen diciendo “¿American?” como dando por hecho de que de allí provengo y en cuanto digo “No, España” los rostros cambian amablemente y se generan ciertas sonrisas. En todo caso, uno no pasa desapercibido aquí donde los

turistas son más bien raros. Mi rostro europeo es avistado a lo lejos en las calles y muchos son los que me llaman desde varias direcciones para ofrecerme sus productos a buen precio. Un Kebab por noventa céntimos de euro llena parcialmente mi estomago al medio día aunque le añado frutas secas como piña, kiwi, cerezas, mango y otras más que uno puede encontrar en cualquier puesto callejero. A la noche y por tan solo unos tres euros, la cena es consistente, un plato de arroz con carne de cordero, otro con judías en salsa y un tercero con sopa de cebolla. Además del pan, el agua, y dos platos con verduras frescas para enrollarlas con el pan. Tiene un gran encanto esta ciudad, a pesar del caos, se respira una cierta tranquilidad y se puede sentir la bondad del pueblo kurdo. Los comerciantes dejan el dinero sobre la mesa de sus paradas a todas horas, sin la más mínima preocupación de que alguien les vaya a robar cuando se dan la vuelta. Y por la noche, no recogen todos sus productos para ponerlos a salvo de hurtos, simplemente les echan una lona por encima y nada más. Dicen que en Iraq, los libreros no guardan de vuelta todos los manuscritos expuestos de sus puestos callejeros ya que creen que un ladrón no lee y un lector no roba. Es curioso y agradable, es distinto. Las mujeres, por su parte, no están obligadas aquí a cubrirse el rostro como en Irán, disfrutan de una libertad con la que muchas salen a la calle con ropas apretadas y escotes pronunciados. También las hay tradicionales, recubiertas con sus grandes prendas. Eso es admirable, la convivencia de todos ellos es más bien curiosa tras haber pasado unas semanas en Irán donde por obligación deben cubrir todo su cuerpo en los lugares públicos.

“RANDOM ACTS OF KINDNESS”

Ocurrió en Sinjar, al noroeste del país, durante la primera quincena del mes de agosto de 2014. Una ciudad habitada mayoritariamente por la comunidad Yazidí, quienes pertenecen a una religión preislámica de Oriente medio de remoto origen. Fueron violentamente perseguidos en varios momentos de la historia, aunque en agosto de 2014, tuvo lugar una masacre horrorosa allí. Miembros del estado islámico se apoderaron de la ciudad, saqueando todo a su paso y haciendo que miles de personas huyesen hacia las montañas para tratar de esconderse de sus persecutores. La falta de agua hizo que alrededor de cincuenta niños muriesen durante los dos primeros días. Al poco tiempo, se hablada ya de que quinientas personas fueron ejecutadas y enterradas en fosas comunes mientras otras trescientas mujeres fueron condenadas a la esclavitud sexual. Una barbarie indescriptible que ocurrió en unas tierras que bien poco conocemos donde niños y adultos fueron asesinados y torturados. Mientras muchos perdieron la vida, miles lograron escapar, dejando atrás familiares, hogares, todo lo que poseían. Toda una vida.

Mi contacto en Erbil, con quien supuestamente debía organizar el proyecto, no era, digámoslo de esta manera, la persona más indicada para ayudarme con mi propósito. Necesitaba algo más concreto y no largas esperas e incertidumbre. Así pues, decidí seguir buscando a alguien de la ciudad que pudiese guiarme por sus calles, que quisiese de verdad implicarse e invertir su tiempo por una buena causa. Tras dos días de búsqueda y muchos mensajes enviados, recibo una respuesta de una página de Facebook llamada "Random Acts of Kindness" que ha sido creada por un grupo de amigos y estudiantes de la misma universidad. Se dedican, cuando sus estudios se lo permiten, y también sus finanzas, a hacer pequeños proyectos solidarios en los alrededores. Ya sea organizando talleres en un hospital con niños enfermos de cáncer o bien aportando juguetes a varios campos de refugiados que existen en la región como hicieron no hace mucho tiempo.

Nos reunimos en la cafetería de la universidad. Dyari, Shara y Alaa son tres de los integrantes del grupo, aunque falta una cuarta persona que no puede asistir al encuentro. Durante una buena hora charlamos sobre lo que ellos hacen, sobre lo que yo he venido a hacer aquí y sobre muchas cuestiones más. Aunque yo no necesito más de dos minutos junto a ellos para darme cuenta de que he dado con las

personas ideales para el proyecto. Conocen orfanatos, campos de refugiados, clínicas y muchos otros sitios más donde se necesita ayuda, y desde hace un par de días vienen oyendo que hay entre unos grandes edificios en construcción de un barrio bastante rico un descampado donde habitan familias sin hogar. Son las dos de la tarde, han acabado las clases por hoy y yo no tengo ningún compromiso, así pues, salimos de la universidad en busca de tal lugar.

Alrededor nuestro se alzan grandes edificios, un gran hotel y varias estructuras de inmuebles gigantescos por terminar. Golpeamos una gran puerta corredera metálica, enseguida nos abren. Nos da la bienvenida un hombre de mediana edad, con ojos tristes y de sonrisa humilde. Este señor, según me van traduciendo mis nuevos amigos, vive aquí junto con diez y seis familias. Ciento doce personas en total de las cuales cuarenta y cinco son niños. Todos ellos Yazidíes y refugiados del conflicto del 2014. Son algunos de los que lograron escapar y viven ahora en este descampado gracias a que el propietario les cede el terreno mientras acaban de construir los edificios de alrededor. Todo está hecho con materiales recuperados de los escombros, así lo descubrimos mientras caminamos bajo un intenso sol que calienta la árida tierra. Las pocas casas que hay están hechas con algunos ladrillos y muchas lonas de plástico en los tejados. Corretean decenas de niños que se acercan tímidamente de vez en cuando a saludar mientras sus madres se mantienen distantes y observantes. En todo el campamento tan solo hay tres hombres, la mayoría de los maridos de estas mujeres fueron asesinados en su ciudad, Sinjar. Todos los aquí presentes perdieron familiares allí, así nos lo cuenta nuestro guía quien perdió a quince miembros de su familia siendo él uno de los pocos que logró escapar a través de las montañas. Mientras me van traduciendo su historia, mientras este hombre me mira a los ojos y yo le miro a él, reprimo las lágrimas, y no soy el único en hacerlo. Tan solo pido que le traduzcan "Lo siento de todo corazón" No sé qué más le puedo decir... ¿Que se le dice a un hombre que lo ha perdido todo?

Tras una hora conociendo a algunas familias, intercambiando palabras, gestos, tímidas sonrisas y saludos con varios niños, nos viene a ver el gerente de una asociación quien provee ayuda al campamento. No les suelen faltar alimentos, afortunadamente la población kurda es generosa y siempre donan cantidad de productos, sin embargo, la escuela que han improvisado con barras metálicas y pedazos de lonas de plástico blancas necesita grandes arreglos. Los adultos coinciden, quieren que los cuarenta y cinco niños puedan tener una educación con lo que salir adelante. La educación de los

niños es lo más importante en este momento, de ello depende su futuro.

Así pues, en la lista de prioridades que nos muestran, hay, como primer objetivo, construir una puerta para la escuela y así evitar que se llene de tierra y polvo o que se desmonte con las ráfagas de viento, y también, la instalación de un equipo de aire acondicionado ya que la temperatura en su interior alcanza más de cuarenta grados con el sol. Tras dos minutos en su interior, yo mismo debo salir por falta de aire, fuertes sudores y mareos, es peor que una sauna. El coste de ambas cosas entra en el presupuesto que tengo para este proyecto, y además de ello, también podríamos comprar otros productos importantes que no suelen traer aquellos quienes donan alimentos. Leche en polvo para infantes, que a mi sorpresa es un producto casi lujoso en este país, y aceite, cuyo precio también es desorbitado. Está decidido, vamos a por todo ello. La puerta para la escuela tardará un día en llegar, aunque ya está pedida gracias a que Dyari conoce a la persona indicada. La gran máquina de aire acondicionado la compramos en el mercado y nos la traerán sobre el techo de un coche que nos seguirá por la ciudad tras haber comprado la leche en polvo para los todos los niños y decenas de litros de aceite para todas las familias.

A nuestra vuelta al campamento, y habiendo conocido a varias familias, las mujeres ya no son tan distantes, ya no somos extraños que vienen a curiosear o a escribir artículos para diarios locales, nosotros hemos venido a ayudar. Empiezan a salir de las casas decenas de niños y decenas de mujeres. Todos ellos nos rodean y sonríen. Nos agradecen la ayuda mientras los niños corretean por todas partes porque hoy han recibido visita. Sus sonrisas, no tienen precio, sus miradas, nos cuentan muchas cosas que no precisan de palabras. En medio del ajeteo, noto unas diminutas manos tocarme las piernas, y al darme la vuelta, una pequeña niña de apenas tres años viene a cogerme de las manos con una gran sonrisa. Se para el tiempo por un breve momento y me quedo sin palabras. Nos miramos fijamente, se me quiebra el corazón enseguida... Y ese preciso instante, esos breves segundos, son de un valor incalculable, son todo por lo que decidí realizar estos pequeños proyectos.

Ojalá pudiesen estar aquí todos mis amigos quienes han colaborado en hacer estos proyectos realidad, porque estas experiencias que estoy viviendo les pertenecen a ellos también. Siento que tan solo las puedan vivir a través de mis correos y de mis fotografías. Siempre intento escoger las mejores palabras para que puedan prácticamente

sentir todo lo que me rodea, pero hoy me doy cuenta de que hay cosas que no se pueden relatar de manera que lleguen a los demás. Son experiencias que quiebran el corazón de cualquiera. Uno sabe a lo que se expone cuando realiza este tipo de proyectos, sabe que tarde o temprano sufrirá. Aunque también sabe que estas “pequeñas y aleatorias acciones de bondad” son las que lograrán cambiar el mundo. Admiro a estos chicos quienes dedican su escaso tiempo a ayudar a los demás, admiro su optimismo, su energía, su bondad. Todo ello es inspirador.

No importa volver a casa con el corazón quebrado, porque lo aportado es cuantioso, importante. Porque estas acciones son de las pocas cosas en esta vida que me hacen sentir vivo y útil. Estas acciones son quizás parte del propósito de la vida. Juntos hemos logrado grandes hazañas esta vez, y juntos lo volveremos a hacer.

Al día siguiente volvemos a visitar a las familias del campamento y a ver como instalan la gran puerta metálica de la escuela que ha sido hecha a medida. Todo encaja, se sostiene con firmeza y tan solo precisa de pequeños arreglos con lonas para que todo quede bien sellado. El sistema de aire acondicionado tardará algo más en estar operativo, se requiere un voluntario con experiencia para instalarlo, aunque ya está en el campamento.

Estrecho una última vez la mano a varias personas del campamento para despedirme, el momento es doloroso, nunca me han gustado las despedidas... Nos dan las gracias en repetidas ocasiones mientras cruzamos la gran valla metálica que separa sus precarios hogares de la carretera y esta se cierra tras nosotros para que todos aquellos que pasen nunca sepan lo que hay ahí dentro. Ciento doce vidas en plena lucha para sobrevivir. Ciento doce personas con un futuro incierto.

HASTA PRONTO HAWLER

Hawler es el nombre kurdo de Erbil, lo descubrí en mi primer día en Irak, mientras buscaba algún medio de transporte en las calles de Solimania. Taxistas y conductores de autobús gritaban su destino para atraer a los pasajeros en las decenas de vehículos compartidos que llenaban la estación. Con su bazar y vistas a la ciudadela, sus habitantes acogedores y su comida sabrosa, Erbil ha sabido conquistarme. Ha sido una grata experiencia compartir estos días con personas maravillosas con quienes he hecho mucha amistad. No les puedo estar más agradecido a Dyari, Alaa, Shara, Shko, Alper y muchas personas más de la universidad de Ishik. Me han invitado a pernoctar en la residencia de la universidad. Me han ofrecido todas sus comodidades, incluyendo los constantes cortes de luz y el agua fría de las duchas, cosas habituales en la región, aunque ello no me ha molestado. He podido charlar con personas muy distintas, desde el hijo de un magnate del petróleo que me ha enseñado el lado rico de la ciudad, a un cantante kurdo famoso en la región quien me ha obsequiado con varios temas en directo, hasta un refugiado kurdo que escapó con su familia de Turquía al ser perseguidos por el gobierno. Todos ellos me han enseñado cosas nuevas de las que aprender. Cuando uno piensa en Iraq supongo que lo primero que le viene a la mente son imágenes de guerra, devastación, pobreza y peligros en todas las esquinas. Aunque en el Kurdistán iraquí hay más seguridad de la que uno pueda imaginar en estos momentos.

Recuerdo estar planeando este viaje unos meses atrás, estar en casa mirando durante largas horas mapas de la región, fronteras y puntos de acceso, buscando información sobre visados y estudiando la situación de esta región autónoma del país habitada mayoritariamente por kurdos. No tuve ninguna duda desde el primer momento en que vi que existía la posibilidad de conseguir un visado de que pasaría unos días en estas tierras si una vez en la frontera viese con mis propios ojos que la situación era completamente segura. Y aquí estoy ahora, a punto de decir adiós a Hawler, al Kurdistán iraquí y a muchas personas que he tenido la suerte de conocer. He vivido aquí una gran experiencia con las familias Yazidíes que no olvidaré jamás. La historia de estas personas ha golpeado y marchitado mi corazón... Tan solo el hecho de haber contribuido y aportado una pizca de ayuda a todos ellos me reconforta efímeramente. No puedo evitar pensar en la próxima parte del proyecto en Estambul y tampoco puedo dejar de darle vueltas a la cabeza, si el mundo está mal, es por culpa de cada uno de nosotros, es por culpa de nuestro egoísmo.

FRONTERAS

El fresco de la madrugada, la falta de sueño y el cansancio por viajar en un autobús con asientos duros y con un motor ruidoso hacen que me cueste mantenerme en pie en el medio de una fila de personas a la espera de que les sellen el pasaporte para la salida del país. Irak está a punto de quedar atrás... El Kurdistán iraquí... Lo que me llevo de esta región, de esta cultura, de estas personas que se han cruzado en mi camino es cuantioso. Parte de mí se queda en el Kurdistán iraquí y parte de este se viene conmigo por siempre. No lo olvidaré.

Si bien la entrada al país fue emocionante hace unos días, ahora, creo que va a ser también una experiencia única. Algunas personas me contaron que debía acceder a Turquía por aire y no por tierra tal y como lo estoy haciendo, además de necesitar un visado en el pasaporte previamente adquirido, cosa que no tengo, aunque estoy seguro de que no habrá problema con el visado electrónico que he pedido por Internet. En el peor de los casos volveré a Erbil y buscaré otra forma de viajar a Turquía si no me conceden el paso.

En la primera ventanilla inspeccionan mi documento meticulosamente, mientras de vez en cuando el agente me mira a los ojos fijamente unos segundos. Este señor de mediana edad con cara de sueño me susurra algo a través del cristal que no logro entender del todo, creo oír "you cannot leave the country". "No entiendo" le contesto a mi vez en inglés. Me devuelve el documento y me dirijo hacia la segunda ventanilla que me señala con seriedad. Estoy atontado por el sueño y el cansancio y eso no ayuda en este preciso momento, aunque me dejo llevar por mi cuerpo que parece moverse sin yo ordenarlo. Tras unos breves diez minutos de espera es mi turno. El segundo agente no tiene cara de muchos amigos y la forma en la que masca su chicle demuestra sus ganas de estar en cualquier otro lugar menos aquí a estas horas de la madrugada. Le tiendo el pasaporte, lo revisa también, lo escanea, me pide acercarme para sacar una foto de mi rostro, también me pide una huella de mi índice y seriamente se acerca al cristal para preguntarme "¿Barça o Real?" y en ese breve instante que tengo para contestar me pregunto si afectará mi respuesta al hecho de que me dejen seguir o no en mi camino para llegar a Turquía. Y siendo esto obviamente imposible, sonriendo, digo "Barça".

Una humilde sonrisa se dibuja en su rostro al oír mi respuesta, me tiende lentamente el pasaporte con el sello de salida de Irak y a mi vez le digo "thank you".

Hacia las puertas de Turquía, hacia allí se dirige nuestro convoy, por este paso fronterizo tan peculiar, tan delicado, tan armado. Siria está muy cerca, y los conflictos entre turcos y kurdos hacen que uno sienta la tensión aquí. Son muchos los agentes armados que vienen y van en los varios controles más que se suceden mientras yo ralentizo nuestro viaje a cada vez que nos detenemos, soy el único extranjero en el bus y mi pasaporte desata mucha curiosidad. Supongo que no se ven muchos viajeros occidentales a estas horas de la madrugada que quieran acceder a Turquía habiendo estado en Irán e Irak... Otra parada más, en la que debemos pasar por un control con las mochilas para que los agentes inspeccionen las cantidades de tabaco y de alcohol de los viajeros. Mientras todo el mundo espera en la oscuridad para que nos abran las puertas de la sala se acerca un hombre de unos cuarenta años para pedirme en un inglés rudimentario si puedo pasar yo unas botellas de whisky por él ya que sobrepasa el límite permitido y nadie más ha querido ayudarlo. Dudo unos instantes hasta que me digo a mi mismo "¿porque no?". Así le añado un poco más de emoción a este viaje, como si no fuera ya suficiente. Supongo que no habrá problema por un par de botellas, quizás debería averiguar antes de que sea mi turno cuanto alcohol está permitido por persona pienso en silencio. A los pocos segundos me aborda otro hombre, de pequeña estatura y de rostro arrugado. Éste quiere que lo ayude con varios cartones de tabaco, aunque no acepto. Lo siento le digo, no tengo más espacio en mis mochilas. Todo esto podría desmadrarse en cualquier momento y no me gusta la idea de terminar preso en Irak por contrabando. Mientras este hombre de edad avanzada insiste en que le ayude noto como alguien toca mi hombro, me doy la vuelta y resulta que es mi turno. Entro en la sala en silencio, me piden subir mi mochila a la cinta rodante para ser escaneada, luego soy cacheado por un agente armado de arriba a abajo mientras dice palabras que no entiendo, simplemente asiento con la cabeza y sonrío como un tonto. Lo que sí entiendo es la dirección que seriamente me indica con su mano hacia la salida del edificio tras inspeccionar brevemente mi mochila. Adelante, puedo seguir adelante. Devuelvo el whisky a su dueño mientras doy un suspiro, sintiendo como late mi corazón más deprisa que de costumbre. Volvemos todos al autobús para avanzar unos pocos metros hasta el último "checkpoint" donde al fin me permiten la entrada a Turquía tras varias preguntas y miradas eternas por parte del agente. Curiosamente no le añaden sello a mi pasaporte. No importa, ya estoy en Turquía.

-No se suelen ver viajeros occidentales en esta región, y menos en esta ruta cruzando este paso fronterizo a altas horas de la madrugada, ¿entenderás que todos los agentes tengan muchas preguntas que hacerte no? Me dice un hombre de unos cincuenta años mientras fumamos un cigarrillo juntos fuera del bus tras el punto de control. Un buen té ayuda al cuerpo a calentarse en esta fría noche antes de seguir nuestro camino. Quedan pocas horas para llegar a la ciudad de Batman, donde me alojaré en casa de Gezgin, quien me ha ofrecido una cama a través de Couchsurfing. Mi cuerpo no podría estar más cansado con tantas paradas por los controles policiales. Tan solo quiero descansar unas horas...

Con traje negro, chaleco antibalas, botas altas de cuero bien apretadas, un cinturón en el cual pistola y cargadores comparten cintura y una metralleta colgada del hombro, un agente inspecciona mi pasaporte durante unos eternos segundos, de pie, junto a mí dentro del bus, en lo que será el último control militar de este trayecto ya en territorio turco. Y es ahora, después de tantos controles, de tantas preguntas, escaneados de rostro y de huellas dactilares, cuando por primera vez me doy cuenta de lo que acabo de hacer. He cruzado parte de Irak, un país del cual no sabía prácticamente nada a parte de lo que todos oímos decir en los medios de comunicación. Me vienen a la mente todo lo que muchas personas me dijeron estos últimos meses, que si estoy loco, que si me van a secuestrar, que si las bombas, los terroristas... Quizás influya el hecho de que en esta última parada todos podamos ver varios carros blindados tras muros de sacos de arena fuera de nuestro habitáculo, rodeados por hombres armados, lo que me lleve a pensar en todos esos comentarios recibidos últimamente. Las luces rojas y azules se reflejan en los cristales, el silencio es estremecedor. Todo esto impresiona al viajero, aunque a la vez es consciente de que tan solo es otro control rutinario más. El cansancio es quien produce estos pensamientos negativos, aunque sin transcendencia, porque todo cuanto he vivido estos últimos días ha sido simplemente increíble.

Los medios de comunicación están infectados, podridos, comprados y tan solo de vez en cuando muestran alguna verdad.

SERENIDAD

A apenas unos veinte kilómetros a las afueras de la ciudad de Batman las formaciones rocosas creadas por miles de años de erosión se asemejan mucho a la famosa Capadocia, más al oeste del territorio turco. Los tonos marrones y grisáceos de las rocas combinan perfectamente con el verde de los pastos que crecen en las profundidades de los valles gracias a un río cuyas aguas cristalinas bajan sin hacer demasiado ruido. Es precioso. Hasankief, desconocía su existencia hasta haber cruzado la región por unas pequeñas carreteras preciosas durante el amanecer en el bus que me trajo desde Irak. Con los ojos entre abiertos, vi esas formaciones rocosas a lo lejos y lo primero que decidí hacer al llegar a Batman fue descansar un par de horas y salir en busca del lugar.

Hasta hace apenas dos años vivían decenas de familias en estas cuevas convertidas en casas, el pueblo rebosaba de vida, aunque ahora, un gran vallado metálico impide el paso a las personas. Todo esto, según puede uno leer en los paneles informativos, quedará inundado el próximo verano por la construcción de una presa al fondo del valle. Los cientos, por no decir miles de años de historia quedarán sumergidos bajo unas frías aguas. Cuevas, casas, recuerdos, historias...

A pesar de que la entrada al antiguo castillo y sus murallas está completamente cerrada al público, tras pagar unas monedas a un vendedor de té que se convierte en guía improvisado y traductor, y otras pocas monedas al guarda de seguridad, logro entrar por un estrecho valle para descubrir algunas de sus cuevas y su antiguo castillo en lo alto de la montaña. Incluso visito la antigua casa de mi guía, quien fue expulsado por las autoridades. Estas, argumentan que la roca es inestable, que la vida aquí es peligrosa y por ello están construyendo una nueva ciudad no muy lejos para trasladar a parte de los habitantes. El hecho de que construya una presa no tiene nada que ver, o eso les quieren hacer creer, así me lo cuenta mi guía. El lugar es de una gran belleza, no deja indiferente a nadie, y entristece saber que todo esto desaparecerá en poco tiempo.

Uso el pulgar a la vuelta, sin tener que esperar más de cinco minutos antes de que pare un coche con dos kurdos curiosos con muchas preguntas sobre mi origen. El trayecto es agradable, la temperatura ha subido algo ahora que el sol está en su punto más alto con lo que me vuelve a circular correctamente la sangre por los pies. Aprovecho las últimas horas del día para pasear por el centro, probar nuevos

platos tradicionales de la región y perderme por unas las largas calles que parecen no tener fin según como uno las mire.

Si tuviese que describir a Gezgin con una sola palabra, esta sería “Serenidad”. No creo haber conocido a una persona más tranquila y en paz como lo es este hombre de mediana edad. Trabaja para Turkish airlines y dedica su tiempo libre a viajar por su país y estar con sus amigos. Es hospitalario, educado, inteligente y con historias curiosas que hacen que uno escuche con atención para no perderse ningún detalle. Nos juntamos con él y varios de sus amigos al borde del río cerca de Hasankief para pasar un rato. No falta la estufa de leña para preparar un auténtico té kurdo que brinda nuevos aromas a mi paladar. El sabor de la leña tras más de media hora calentando el agua le da un toque único. El paisaje que nos rodea a todos mientras sentados en una gran alfombra reímos y charlamos del mil y una cosas distintas hacen que el momento sea perfecto. El clima es fresco, aun así, caminamos corriente arriba por el río, descalzos, mientras Zeki lanza su red de pesca a lo lejos y la hace remontar varios metros en busca de algo para la cena. Así pasan varias horas hasta que cae la noche y volvemos lentamente hacia a la ciudad.

-Anota este número de teléfono, y en cuanto llegues a Erzurum manda un mensaje advirtiéndote de tu llegada. Te vendrán a buscar a la estación, tienes allí un lugar dónde dormir. Son buenos amigos míos y te acogerán en su casa. Me dice Gezgin poco antes de despedirnos.

-No sé cómo agradecerte tu hospitalidad...

-No tienes por qué hacerlo, para eso están los amigos.

ADIÓS KURDISTÁN

Puntual, el Dögu Express llega a la estación de Erzurum, dónde el frío me hace tiritar levemente a pesar de llevar una chaqueta de plumas. Y es que esta es la segunda ciudad más fría de Turquía. Hace apenas dos días nevó y todavía quedan grandes manchas de nieve en las montañas que me rodean. Es una ciudad tranquila, como así lo es Batman, donde pasé un par de días con Gezgin. Su serenidad, paciencia, y bonanza me han enseñado mucho. Su hospitalidad, su amistad, son ejemplos a seguir. La comida es aquí deliciosa, muy jugosa comparada con Iraq o Irán, cosa que mi paladar agradece. El té, sigue siendo buen té, pero el mejor de todos lo encontré en Erbil. Y las personas, siguen siendo increíblemente acogedoras. ¿Qué más puedo pedir?

Le digo adiós al Kurdistan, esta región tan peculiar, con tanta historia, con tradiciones que se mantienen vivas y costumbres para deleitar a los pocos viajeros que se adentran en sus tierras. He hecho muy buenos amigos estas últimas semanas, he encontrado aquí cosas de las que aprender y visto con mis propios ojos cosas que te dejan sin palabras... Cientos de experiencias, algunas duras, otras alegres. La suma de todas ellas será en un futuro la respuesta a la pregunta que tantas veces me harán. ¿Que tal tu viaje? preguntarán. "Simplemente increíble" contestaré. Y es que aunque esto no haya terminado, estoy seguro de lo que queda por venir en los próximos días será también interesante y digno de ser vivido. Me marcho del Kurdistan sin saber cuando volveré a sus tierras, aunque volveré.

Ahora debo seguir mi camino hacia Estambul, para reunirme con mi hermano dentro de dos días. Estoy ansioso por pasar unos días en la ciudad, reencontrarme con viejos amigos y descubrir tesoros con mi hermano. Además, llevaremos a cabo la tercera parte del proyecto todos juntos una vez reunidos. Son muchas las organizaciones que hay en la ciudad y será solo cuestión de escoger la que mejor se adapte a nuestra idea, o más bien, la que más nos llame la atención y nos llegue al corazón. Al fin y al cabo es así como siempre he decidido dónde ayudar. Siempre me he dejado llevar por las historias de las personas, por las miradas, por lo que siento dentro de mí. Espero poder hacer algo grande, espero poder ayudar a muchas personas y porque no, inspirar a otros a hacer lo mismo. Estoy convencido de que con pequeños actos podemos cambiar el mundo, tan solo es cuestión de iniciativa.

Tal y como lo había imaginado, el Dögu Express llega al andén lentamente, con agudos sonidos por la fricción de los metales. He logrado comprar un billete hasta Ankara, su destino, a pesar de que suele estar lleno. No es precisamente un tren turístico, es lento y algo ruidoso una vez en su interior. Lo que voy a hacer en veinte y dos horas de viaje se podría hacer en apenas dos horas en avión, o en unas pocas más en autobús, aunque dispongo de tiempo para esto. Para poder disfrutar de los paisajes cambiantes según avanzan las horas, para cruzar gran parte de Turquía cómodamente en mi camarote. Dispongo de dos butacas, de nevera, de escritorio y de una cama esponjosa con sábanas limpias en la que dormir esta noche. Siempre me han gustado los trenes, tienen algo de romántico y de auténtico a la vez. Es para esta ocasión el mejor medio de transporte para descubrir este país desde una gran ventana panorámica por la que ver embobado grandes llanuras, valles angostos con ríos bravos y quedar fascinado con todo ello. Llevo seis horas pegado a la ventana, y ahora que la noche empieza a caer, es cuando el silencio de la oscuridad me induce a escribir un rato.

Estas últimas cuatro semanas han pasado volando, es ahora cuando me doy cuenta de que llevo un mes fuera de casa viajando por lo que algunos llaman "el eje del mal". Por lugares de los que tan solo me llevo buenos recuerdos. Todo ha sido mucho mejor de lo que imaginaba desde el principio. He dormido en lugares muy distintos, desde casas auténticas persas, donde todo son alfombras y la vida se hace a ras de suelo, en una universidad junto con otros cien alumnos a punto de graduarse, y en casas de muchas personas distintas en estos tres países por los que estoy viajando. He comido cosas de todo tipo, platos cuyos nombres he olvidado al instante por su difícil pronunciación e incluso he asistido al primer "Iftar" del Ramadán de este año en el que me han convidado, al igual que a cualquier otra persona de la ciudad, a un plato de comida caliente tras el último rezo de la tarde. Viajar es aprender, es también madurar. Y creo que lo estoy logrando. Todo esto es lo que pienso mientras algunas gotas golpean en mi ventana, en este 28 de mayo de 2017, mientras el Dögu Express ralentiza su marcha suavemente para que en una pequeña estación de un pueblo perdido en medio de la nada se suban algunos pasajeros más.

MI QUERIDA ESTAMBUL

Nunca me cansaré de decirlo, Estambul es una ciudad mágica. Quizás no a todos los visitantes les fascine tanto como a mí, y quizás no sea del agrado de todos. Pero para mí es un lugar al que puedo llamar hogar. Más que amigos son familia algunas de las personas que siempre aguardan mi vuelta con ilusión. Y es que en estos tres últimos años se ha forjado una fuerte relación con varias personas que ni siquiera el tiempo podría deteriorar.

Llegué por primera vez en el verano de 2015 a esta enorme ciudad, guiado por algo tan bonito como lo es la intuición, sin saber a ciencia cierta a dónde iba para acabar encontrando lo que buscaba. Volví en 2016, con ganas de mucho más, para que el camino emprendido siguiese su curso, y ahora, después de haber viajado por Irán e Irak durante varias semanas, de nuevo vuelvo a la antigua Constantinopla. El punto de encuentro fue y siempre será el Rostiya Café, en su pequeño callejón alejado del ajetreo de la avenida principal de Taksim donde miles de turistas caminan en rebaño. Aquí, son pocos los extranjeros que se sientan en los pequeños taburetes de plástico junto con kurdos y turcos. Aquí es, donde más a gusto me siento de toda la ciudad. Salman siempre encontrará lugar para nosotros aun estando lleno el local y su terraza. El té, siempre será abundante y sabroso sea la hora que sea.

Amo este lugar, pienso mientras espero a que Ozkan venga a mi encuentro. Recién llego a la ciudad después de haber cruzado prácticamente todo el país en varios trenes y automóviles distintos y siento una gran emoción al pensar en que en breves minutos volveré a verlo. Mi gran amigo Ozkan que tanto me ha enseñado en estos últimos años, no tanto con palabras ya que seguimos comunicándonos con gestos y con la ayuda de traductores, sino más bien con maneras de hacer, con miradas y con su optimismo. Es para mí un ejemplo de perseverancia, él quien ha tenido un pasado lleno de retos.

- **¡¿How are you?!** Exclamamos ambos a la vez al vernos y abrazarnos.

- **¡Good, very good!**

Los primeros minutos de conversación se resumirán en unas pocas palabras como “Ohhh, I am happy to see you, I am happy, very happy” y muchas risas y palmadas en la espalda.

- **¿Are you hungry?** Pregunta Ozkan, siendo esta su frase favorita. (Él siempre tiene hambre.)
- **Let's have some food my friend.**

Nuestras conversaciones quizás sean simples en palabras, pero en cuanto a sentimientos son de lo más complejas. Ozkan es como mi hermano desde hace ya mucho tiempo, desde que me abrió la puerta de su casa para darme la bienvenida a su ciudad. Sin dudarlo un instante me entregó una copia de sus llaves y me dijo "my house, your house", así de simple.

Vuelvo también a ver a Baran, otro gran amigo con quien podemos charlar en un inglés algo más fluido al día siguiente de mi llegada mientras desayunamos en su casa con su familia. Su madre es adorable, atenta, generosa y me repite en varias ocasiones que la llame mamá en kurdo. Así lo hago. La hospitalidad de estas personas, de todos aquellos que me acogen y me han acogido estas semanas llena mi corazón y lo refuerza. El mundo está lleno de buenas personas, de buenos corazones. El conjunto de sus acciones y de sus maneras de tratar al prójimo son para mí un ejemplo a seguir. Son una valiosa lección para esta vida.

Los reencuentros son cuantiosos, y las nuevas amistades también. Conozco a Burhan y Nida, quienes regentan un pequeño café escondido en un antiguo edificio de la ciudad, el Qirix Sanat, y con quienes enseguida se crea un fuerte vínculo. Su café será un lugar al que acudiré regularmente para escapar del bullicio de la ciudad y disfrutar entre sus paredes de una tranquilidad abrumadora con la que poder pasar largos ratos escribiendo. El humo de los cigarrillos saldrá por el balcón florecido abierto a todas horas mientras algunas músicas nuevas para el oído sonarán y se harán eco entre las antiguas paredes de ladrillo rojizo.

LA CURIOSIDAD MUEVE AL INDIVIDUO

La curiosidad es quien me ha impulsado desde joven a viajar a más de veinte países del mundo, a descubrir lugares de los que nunca había oído hablar. A volver a ciudades como Estambul en busca de más experiencias para alimentar la mente. La curiosidad es un sentimiento que nunca descansa, o eso pienso yo, mientras recorremos las calles de la ciudad con mi hermano en busca de historia, curiosos por ver palacios, mezquitas y bazares con cientos de años de historia entre sus paredes. La curiosidad es lo que también ha llevado a mi hermano a emprender su propio viaje lejos de casa, hasta Nepal, donde ha viajado durante algo más de un mes. Impregnándose de costumbres, maneras de hacer, paisajes para la vista y comidas con nuevos sabores para que a su vuelta, se haya producido un cambio dentro de él. Lo vi cuando lo recogí en el aeropuerto, vi como desprendía una energía muy distinta a la que tenía antes de su partida. Sin duda alguna su viaje le ha hecho bien, y ello me alegra más de lo que le haya podido decir.

Terminar nuestras aventuras juntos en Estambul fue la mejor idea que podíamos haber tenido. En los días que llevamos aquí hemos disfrutado de la ciudad y de sus habitantes, y al fin ha podido conocer a todas las personas de quien tanto le he hablado estos últimos años. La hospitalidad turca es algo que sigue sorprendiéndome, y es algo que a mi hermano le ha asombrado también. Dormimos en casa de Ozkan y Dilek, con Süleyman e Ikrami, quienes nos ceden una habitación mientras ellos comparten un pequeño espacio en el suelo. No aceptan un no por respuesta al ofrecernos todas sus comodidades. " Welcome to the palace" Nos dicen al llegar a casa por las tardes. Nuestros amigos turcos dejan de lado todo cuanto puedan estar haciendo para dedicar su tiempo a estar con nosotros. No importa lo que hagamos, lo hacemos juntos. Eso lo dice todo sobre las personas. Aquellos quienes te ofrecen su tiempo, siendo esto lo más valioso en la vida del ser humano, son personas a las que hay que estar agradecido.

Diferentes culturas y religiones conviven en estas calles. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos ellos forman la ciudad, la sociedad, el mundo. Nosotros hemos conocido a unos pocos de todos ellos estos días. Conocimos a varias mujeres integrantes del colectivo de "Mor çati" quien dedica sus recursos a ayudar a mujeres maltratadas de

toda la ciudad en sus varios centros de la metrópoli. Les dan alojamiento, alimentos, y medios para salir adelante tras vivir episodios trágicos en sus hogares. Su postura distante hacia hombres de otro país fue cambiando poco a poco cuantas más conversaciones mantuvimos, quizás por precaución al principio, o quizás por miedo, aunque al final, al aportar nuestro granito de arena la tensión inicial desapareció. Entre Ozkan, Baran, mi hermano y yo, compramos los productos necesarios y más urgentes para cubrir las necesidades del centro de "Beyoglu" donde conviven alrededor de veinte mujeres y niños. Desde pañales y alimentos a productos higiénicos que llevamos a través de varias calles en carros de supermercado hasta el edificio del colectivo donde pudimos sacar alguna que otra sonrisa de las dos mujeres responsables. Tal como nos dijeron desde el primer encuentro, no era posible conocer a las mujeres a quienes íbamos a aportar la ayuda, por cuestiones de anonimato, aunque para nosotros no fue un impedimento para colaborar con el colectivo. Si bien siempre quiere uno conocer a las personas a las que ayuda, también debe ser respetuoso y comprender por lo que han. Al fin y al cabo, lo más importante es ayudar, y eso es lo que hemos hecho. En cuanto aprendí sobre la existencia de este colectivo sentí en mí la obligación de ayudar, y es que estaréis de acuerdo conmigo cuando digo que ninguna mujer merece ser maltratada en este mundo, siendo ellas quienes nos dan la vida. Siendo ellas quienes nos traen a este mundo y quienes nos hacen sentir vivos a lo largo de nuestros días. Ellas lo son TODO, nuestras madres y nuestras mujeres, las madres de nuestros hijos y por lo que uno lucha.

A los dos días de haber contribuido con "Mor Çati", y aun disponiendo de fondos para la tercera y última parte del proyecto, conocimos a Seda, una amiga de mis conocidos en Estambul quien es asistente social en la ciudad. Guía a familias en serias dificultades para salir adelante buscándoles trabajo, ayudas económicas, educación para los más pequeños y muchas cosas más, y tal y como nos contó, hay muchas familias en el umbral de la pobreza con serias dificultades para salir adelante que acuden a ella cada día.

Así pues decidimos usar el resto del dinero para ayudar a cinco de estas familias. Llenamos varios carros con decenas de kilos de comida básica y algunos productos de higiene. Muchos kilos de arroz y pasta, azúcar, sal, queso, cereales, leche, té, carne y muchos productos distintos más que separamos en grandes bolsas listas para ser repartidas. Nos adentramos en uno de los barrios más pobres de la ciudad, que curiosamente está a unos pocos cientos de metros del centro. Las calles sin asfaltar, el olor a desechos, la falta de luz, aquí

mejor no venir solo por la noche piensa uno cuando se adentra silenciosamente. Aunque nosotros somos varios los que llevamos las decenas de kilos de comida mientras buscamos las casas de las cinco familias. Entregamos bolsas a la primera familia numerosa, luego nos dividimos en dos grupos. Mi hermano marcha con Ozkan, Seda e Ikrami a otro callejón mientras yo me quedo con Suleyman y Dilek para buscar otras dos familias que viven en la misma calle. Nos indican la dirección desde un balcón, entramos en un portal donde nos recibe una señora mayor y varios niños. No entiendo que es lo que dicen en turco aunque si entiendo lo que cuentan los rostros. A la señora le tiembla la voz y las manos cuando nos da las gracias por la comida. Una frágil lágrima recorre su rostro mientras nos obsequia con una tímida sonrisa. Es una familia numerosa la que vive en un pequeño piso y según me cuentan, el hombre de la casa no logra encontrar trabajo, y cuando lo hace no es duradero con lo que es imposible aportar estabilidad a la familia. Los niños carecen de una educación correcta... Así como esta familia vive, hay decenas más solo en este barrio. Hay turcos, kurdos, afganos y pakistaníes. Tan solo aquí hay centenares de personas que necesitan ayuda y no logro imaginar todo por lo que están pasando. Nosotros aportamos ayuda a cinco familias, una pizca de esperanza, una pizca de tranquilidad... ¿Pero, qué hay del resto de familias?

Vuelve el resto del grupo tras haber encontrado la otra familia y para terminar, todos juntos entregamos las últimas bolsas a un joven y tímido chico en un oscuro portal. Son dos hermanos los que viven juntos, son kurdos, no tienen trabajo y uno de ellos tiene serios problemas de salud... Su situación delicada, su rostro humilde, su amabilidad y timidez... Todo ello nos recuerda lo afortunados que somos. Nos hace mirar nuestras vidas y sentirnos dichosos, aunque también, me hace reflexionar sobre muchas cuestiones. Sobre todas las otras familias a las que no podemos ayudar, y es que de tener los medios para ello, podríamos cambiar muchas vidas.

Es una sensación extraña la que uno siente cuando hace este tipo de proyectos. Por una parte, uno siente que ha hecho algo bueno, que ha colaborado a hacer más llevaderas las vidas de varias personas, y a la vez, ese tierno sentimiento se ve eclipsado por una tristeza generada por no poder hacer más, por ver que quienes tienen los medios de cambiar el mundo en nuestra era ignoran desde sus tronos al resto de la población. Esta es la era del egoísmo, que sigue siendo perfeccionado día tras días. Es la era de lo absurdo y de la ignorancia...

Aunque también es la era del "despertar", porque a cada vez somos más los que nos involucramos con el mundo, mirad sino lo que estamos logrando nosotros. Este es el tercer año que emprendo un viaje y a la vez le devuelvo al mundo parte de lo que me ha dado, y a cada vez somos más. Cada año que pasa logramos todos juntos algo más y más grande. Este año, hemos logrado algo enorme, de eso no cabe duda, hemos dejado huellas en varias ciudades de varios países, hemos aportado esperanza y hemos también demostrado de nuevo que la unión hace la fuerza.

“Espero haberos hecho viajar con mis palabras a todos los lugares donde he estado, espero haberos hecho sentir lo que yo he sentido en este viaje, creedme, he intentado relatar de la mejor manera posible esta aventura para que la sintáis vosotros también, porque este no es tan solo mi viaje, es el vuestro también. Todas estas experiencias os pertenecen, son vuestras. Seré yo quien lo haya vivido en primera persona, pero estad seguros de que vosotros sois quienes lo habéis hecho posible, así pues, no tan solo yo os doy las gracias por vuestra ayuda sino también todas las personas que hemos ayudado lo hacen desde tierras lejanas”

ANTES DE TERMINAR

El otoño, con sus colores cambiantes, sus días de lluvia y frío, sus primeras nevadas... No hay mejor época en el año para terminar de escribir este libro. Todos estos factores externos inducen a la tranquilidad, al silencio y al baile de las teclas cuando uno se sienta a escribir.

Durante este otoño las horas del día y de la noche se reparten entre dos trabajos y mis ganas de escribir. No le faltan horas a los días aunque tampoco les sobran. Estoy más que entretenido haciendo todo cuanto me gusta. En este aspecto soy dichoso. Un trabajo en el que ocupo las manos como lo es el de la tienda "Skiz", dónde preparo esquís y tablas para el próximo invierno a la vez que me divierto con madera para crear algunos muebles, y por otra parte, disfruto algunas noches mientras ejerzo de repartidor para una nueva empresa del país llamada City Xerpa. Lo disfruto, no porque sea un trabajo excitante en sí, sino porque el hecho de ser repartidor en bicicleta es lo que lo hace extremadamente interesante para mí. Con Jose guiándome desde la central para ir de un lado a otro de la ciudad con la mochila cargada, saltándome semáforos, cogiendo velocidad mientras adelanto coches y siento el fresco aire en el rostro... No hay mejor sensación en el mundo. Siempre había querido ser mensajero sobre dos ruedas, y ahora que lo soy, me doy cuenta todavía más de lo mucho que me gustan estas máquinas de dos ruedas impulsadas por la propia voluntad. Todo ello hace que quiera volver a salir de viaje en bicicleta... Entre dos empleos, encuentro tiempo para dar forma a unas pocas palabras que quiero dejar grabadas, para quienes quieran leerlas. Un té sobre la mesa y música en los oídos es cuanto necesito para que mis dedos se muevan independientemente a través del pequeño teclado del ordenador y las páginas vayan pasando una a una.

Por un momento dudé en si publicar este pequeño relato de este último viaje. Quizás fuese porque no me sentía suficientemente talentoso como para escribir algo que mereciese la pena ser leído, pero después de pensarlo brevemente me di cuenta de que lo que sí valía la pena era escribirlo. Decidí pues, hacerlo a mi manera, como en otras ocasiones, sin importarme demasiado de sí todo esto sería de agrado para otras personas o no, porque mientras lo sea para mí, el resto no importa.

Así pues, mientras las cumbres de las montañas de este pequeño rincón de los Pirineos se tiñen de blanco, yo repaso una libreta arrugada y gastada de esta última aventura, con varias manchas de tinta negra y azul, para recordar detalle a detalle el día a día de lo que fue uno de los mejores viajes de mi vida. Fue simplemente sobrecogedor, mágico e irrepetible. Hay un antes y un después de este viaje. Después de ciertas experiencias vividas que hacen que uno se cuestione varias cosas veo con mayor claridad cuál es el camino por seguir. Ahora está más claro que nunca, el individuo es quien debe tomar la iniciativa en las acciones que puedan ayudar a la sociedad. Uno no puede esperar a que otros hagan lo correcto con la esperanza de que el mundo cambie. Cada uno con sus medios debe contribuir al cambio. El individuo que toma la iniciativa para hacer algo de carácter positivo verá que quienes comparten ese mismo sentimiento de empatía hacia la humanidad se sumarán al camino de este, aportando ideas, ayuda y positivismo. Así me lo han demostrado las últimas experiencias. He emprendido pequeños proyectos a los cuales cada vez se suma más y más gente con el fin de ayudar. Todo ello me llena de ilusión y me hace creer en que en unos meses volveremos todos juntos a realizar algo grande. Un pequeño proyecto aunque grande a la vez. Y es que por mucho que uno piense que no hace suficiente, hay que saber valorar cuánto se ha realizado, porque cada pequeña acción tiene una gran repercusión sea a corto o a largo plazo. Mientras escribo estas últimas palabras, Tomás y Natalia están en Argentina llevando a cabo su propio proyecto. Decidimos unirnos hace ahora varios meses y emprender caminos distintos aunque similares a la vez, con la misma esencia. Es esa unión, esa colaboración y amistad la que hará que volvamos a salir a la aventura dentro de poco. Esto no ha terminado todavía, queda un largo camino.

*“Que cada uno aporte su pequeño granito de arena,
que cada uno aporte cuanto pueda”*

Y CÓMO NO, LOS AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a las que quiero dar las gracias, por su ayuda en los proyectos, por su hospitalidad durante el viaje, por su generosidad y por su amistad. A lo largo de la vida y de los viajes uno va conociendo personas que nunca olvida y va aprendiendo de cada uno de ellos. En muchos lugares del mundo distintos estáis todos vosotros a quienes quiero dedicar estas últimas palabras.

Os doy las gracias de todo corazón, os digo hasta pronto y os prometo que nunca olvidaré los días pasados. Tan solo espero poder un día volver a veros a todos, espero que la vida me siga brindando oportunidades como hasta ahora para realizar mis sueños y que estéis vosotros en ellos.

Doy las gracias en primer lugar a mi querida madre, por todo lo que ha hecho por mi y por mi hermano durante toda su vida, porque como sabéis, madre solo hay una, y yo no puedo ser más afortunado por tenerla a ella. Me dio alas para volar desde temprana edad y gracias a ello soy quien soy hoy en día. Doy gracias a mi hermano, por su apoyo incondicional en todas mis decisiones. Doy gracias a mis amigos, que también son mi familia. Gracias a todos vosotros que de una forma u otra habéis colaborado tanto en hacer la persona que soy hoy en día como ayudado en los últimos proyectos incluyendo este llamado "Curiosity".

Gracias a los que adquiristeis el libro "Fuji y yo" porque con los beneficios que produjo su venta se ha hecho posible este último proyecto. Gracias a Jude y Tomas por su ayuda para organizar la fiesta benéfica en el Bar Code de Soldeu porque eso marcó la diferencia. Gracias a todos los que acudisteis a este evento y a todos los que hicisteis donativos a través de la web o en persona. Gracias al pueblo de Soldeu, y a todos los que forman esta gran familia. Me habéis demostrado una vez más que todos juntos podemos hacer grandes cosas. Mil gracias a todos vosotros.



ACERCA DEL AUTOR

Nacido en el principado de Andorra en 1986, Francesc Zamora siempre sintió curiosidad por ver el más allá del horizonte, por otras culturas y religiones. Esa curiosidad le ha llevado a través de los años a viajar a decenas de países en muchos medios de transporte distintos, aunque su favorito siempre será la bicicleta. Desde el año 2015 viene realizando proyectos humanitarios financiados gracias a sus aportaciones personales y a las donaciones de amigos y familiares quienes siempre le apoyan vaya dónde vaya. Todos sus libros en formato electrónico siempre han sido completamente gratuitos y los que han sido impresos y vendidos han servido para recaudar más fondos para dichos proyectos.

Página web:

<http://elobservadorobservado.com/>